

REVISTA EUROPEA.

Núm. 177

15 DE JULIO DE 1877.

AÑO IV.

DOMICIANO

La ley fatal del cesarismo se realizaba. El rey legítimo mejora al envejecer en el trono; el César empieza bien y concluye mal. Cada año se acentuaba en Domiciano el progreso de las malas pasiones. El hombre había sido siempre perverso; su ingratitude hacia su padre y su hermano mayor tuvo algo de abominable; sin embargo, su primer gobierno no fué el de un mal soberano. Poco á poco se desarrollaron en él la envidia sombría contra todo mérito, la perfidia refinada, la negra malicia y todas las demás pasiones que estaban como en germen en su naturaleza. Tiberio había sido muy cruel, pero con una especie de rabia filosófica contra la humanidad, rabia que tuvo su grandeza y no le impidió ser, bajo algunos puntos de vista, el hombre más inteligente de su tiempo. Calígula fué un bufon lúgubre, terrible y grotesco á la vez, pero divertido y poco peligroso para los que no se le aproximaban. Bajo el reinado de aquella encarnación de la ironía satánica que se llamó Neron, una especie de estupor se apoderó del alma del mundo dejándola en suspenso; se tenía la conciencia de asistir á una crisis sin precedente, á la lucha definitiva del bien y del mal. Después de su muerte se respiró; el mal parecía encadenado; la perversidad del siglo parecía dulcificada. Júzguese del horror que se apoderaría de todas las almas honradas cuando se vió renacer la Bestia, cuando se reconoció que la abnegación de todos los hombres de bien del Imperio sólo había conseguido librar al mundo de un soberano mucho más digno de execración que los monstruos que se creían relegados en los recuerdos del pasado.

Domiciano es probablemente el hombre más malvado que ha podido existir jamás. Cómodo es más odioso, porque era hijo de un padre excelente; pero Cómodo es una especie de bruto. Domiciano era un hombre muy sensato, de una maldad reflexiva. En él no había el atenuante de la locura; su razón se hallaba completamente sana, fría y clara. Era un político serio y lógico. No tenía imaginación; y si en determinada época de su vida se ejercitó en algunos géneros de literatura é hizo versos bastante buenos, fué por afectación, para aparecer extraño á los negocios. Bien pronto, sin embargo, renunció, y no volvió á pensar en ello. No le gustaban las

artes; la música no le impresionaba; su temperamento melancólico no se complacía más que en la soledad. Cuando se le veía algún tiempo paseándose solo, se podía tener seguridad de que realizaría algún plan perverso. Casi siempre sonreía ántes de matar.

Los Césares de la casa de Augusto, pródigos y ávidos de gloria, eran malos, muchas veces absurdos, pero casi nunca vulgares. Domiciano lo era en el crimen; sacaba provecho de él. Poco rico, todo lo convertía en dinero, llevando el impuesto hasta los últimos límites. Su siniestra faz no conoció nunca el loco reír de Calígula. Neron, tirano muy literario, pensando siempre en hacerse querer y admirar del mundo, consentía las bromas y las provocaba. Domiciano no tenía nada de burlesco, no se prestaba al ridículo; era demasiado trágico. Sus costumbres no valían más que las del hijo de Agripina; pero á la infamia unía el más so'apado egoísmo, una hipócrita afectación de severidad, de aires de rígido censor (*Sanctissimus censor*) que no eran más que pretextos para hacer morir á inocentes. Algo difícil de soportar es el tono de austera virtud que adoptan sus aduladores, Marcial, Stace, Quintiliano, cuando pretenden realzar el título de que él hacía más alarde: el de salvador de los dioses y restaurador de las costumbres.

Su vanidad no era menor que la que impulsó á Neron á tantos lastimosos desatinos, y era mucho menos natural. Sus falsos triunfos, sus pretendidas victorias, sus monumentos llenos de mentida adulación, sus consulados, tienen algo de nauseabundo, de mucho más irritante que las mil ochocientas coronas de Neron.

Las anteriores tiranías habían sido menos sábias. Esta era administrativa, escrupulosa, organizada. El tirano desempeñaba por sí mismo el papel de jefe de policía y el de juez instructor. Aquello fué un terror jurídico. Se procedía con la legalidad irrisible del tribunal revolucionario. Flavio Sabino, primo del Emperador, fué condenado á muerte por un *lapsus* del pregonero, que le proclamó *imperator* en vez de *cónsul*; un historiador griego, por ciertas imágenes que parecieron oscuras; todos los copistas fueron crucificados. Un romano distinguido fué muerto porque le gustaba recitar las arengas de Tito-Livio, tenía en su casa cartas geográficas y había puesto á dos esclavos los nombres de Magon y Aníbal. Un militar muy estimado, Salustio Lúculo,

pereció por haber permitido que se diese su nombre á unas lanzas de nuevo modelo que había inventado. Jamás se llevó tan léjos el oficio de los delatores; los agentes provocadores, los espías penetraban en todas partes. La loca confianza que el Emperador tenía en los astrólogos aumentaba el peligro. Los secuaces de Caligula y de Neron habían sido viles orientales, extraños á la sociedad romana. Los delatores de Domiciano, especies de Fouquier-Tinville, siniestros y descoloridos, herían á golpe seguro. El Emperador concertaba con los acusadores y los falsos testigos lo que convenía que dijeran; presenciaba despues los tormentos; se recreaba en ver la palidez de los semblantes, y parecía contar los suspiros que arrancaba la piedad. Neron esquivaba la vista de los crímenes que ordenaba. Domiciano quería verlo todo. Tenía refinamientos de crueldad sin nombre. Su carácter era tal, que se le ofendía igualmente adulándole que sin adularle; su desconfianza, su envidia, no reconocían límites. Todo hombre estimado, todo hombre de corazon era para él un rival. Neron, al ménos, no odiaba más que á los cantores, y no consideraba necesariamente á todo hombre de Estado, todo militar superior, como un enemigo.

El silencio, durante aquel tiempo, fué espantoso. El Senado pasó algunos años en un tétrico estupor. Lo que había de terrible era que no se vislumbraba ningun término. El Emperador tenía treinta y seis años. Los accesos de fiebre del mal que se había conocido hasta entónces habían sido cortos; se creía que eran crisis que no podían durar. Aquella vez no había motivo para que concluyese. El ejército estaba contento; el pueblo indiferente: Domiciano, es cierto, no alcanzó nunca la popularidad de Neron, y, en el año 88, un impostor creyó tener probabilidades de derribarlo, presentándose como el señor adorado que había proporcionado al pueblo tan hermosos dias. No se perdió mucho, sin embargo. Los espectáculos eran tan monstruosos como nunca lo habían sido. El anfiteatro Flaviano (el Coliseo), inaugurado en tiempo de Tito, había presenciado progresos en el arte innoble de divertir al pueblo. No había, pues, ningun peligro por este lado. Él, sin embargo, no leía más que las Memorias de Tiberio. Sentía desprecio por la familiaridad que animó á su padre Vespasiano; calificaba de niñería la bondad de su hermano Tito y la ilusion que se había formado de gobernar la humanidad haciéndose amar. Pretendía conocer mejor que nadie las exigencias de un poder sin Constitucion, obligado á defenderse, á fundarse diariamente.

Se comprendía, en efecto, que tales horrores tenían su razon política; que no eran meros caprichos de un fanático. La horrorosa imágen de la nueva soberanía, tal como la habían hecho las necesi-

dades de la época, sospechosa, temiéndolo todo de todos, cabeza de Medusa que helaba de espanto, aparecía encubierta por la odiosa máscara inyectada de sangre con que el prudente terrorista quería sin duda preservar su rostro de todo pudor...

Las monstruosidades del «Neron calvo» seguían una horrible progresion. Llegó á la rabia; pero á una rabia sombría, reflexiva. Hasta entónces había tenido intervalos en sus furores. Desde aquel momento fué un acceso continuo. El sentimiento de aparecer en ridículo por su nulidad militar y por los mentidos triunfos que él se adjudicaba ó concedía, le inspiraba un odio implacable contra todo hombre sensato y honrado. Se le hubiera podido comparar á un vampiro arrojándose sobre el cuerpo de la humanidad espirante. Tenía abiertamente declarada la guerra á toda virtud. Hacer la biografía de un grande hombre era un crimen. No parecía sino que había empeño en abolir el espíritu humano y quitar su voz á la conciencia. El mundo estaba lleno de muertes y destierros. Preciso es decir, en honor de nuestra pobre especie, que soportó aquella prueba sin rendirse. El filósofo se afirmó más que nunca en su lucha contra los tormentos; hubo esposas heroicas, maridos de abnegacion, yernos constantes, esclavos fieles. La familia de Thræsea y de Barea Soranus se encontraba siempre en primera fila de la oposicion virtuosa. Helvidius Priscus (el hijo), Arulenus, Rustiens, Junius Mauriens, Senecion, Pomponia Gratilla, Faunia, toda una sociedad de almas grandes y fuertes, resistían sin esperanza. Epicteto les repelía diariamente con voz grave:

«¡Sufre y calla! Dolor, no podrás convencerme de que eres un mal. Anitus y Mélitus pueden matarme, pero no hacerme daño.»

Es un honor para la filosofía y el cristianismo haber sido perseguidos juntos, lo mismo en tiempo de Domiciano que de Neron. Como dijo Tertuliano, lo que tales monstruos condenaron debía ser algo excelente.

El nombre de filósofo implicaba entónces una profesion de prácticas ascéticas, un género de vida particular. Esta especie de frailes seculares, protestando por su renuncia de las vanidades del mundo, fueron, durante todo el primer siglo, los mayores enemigos del cesarismo. La filosofía, digámoslo en su gloria, no saca partido de la humillacion de la humanidad y de las tristes consecuencias que esta humillacion ocasiona en la política. Herederos del espíritu liberal de la Grecia, los estóicos de la época romana soñaban con virtuosas democracias en un tiempo que sólo toleraba la tiranía. Los políticos que profesan el principio de encerrarse en los límites de lo posible, sentían, naturalmente, una fuerte antipatía contra tal manera de ver. Tiberio tuvo ya aversion á los filósofos. Neron (en 66) persiguió á

estos importunos, cuya presencia era para su vida un constante reproche. Vespasiano (en 74) tuvo más razón para obrar del mismo modo. Su joven dinastía se veía continuamente minada por el espíritu republicano que el estoicismo alimentaba, y no hizo más que defenderse, tomando precauciones contra sus más mortales enemigos.

Domiciano, para perseguir á los sabios, no necesitó otro móvil que el de su propia maldad. Desde muy joven había odiado á los hombres de letras; toda idea era una condenación tácita de sus crímenes y su falta de capacidad. En los últimos tiempos no pudo contenerse. Un decreto del Senado expulsó á los filósofos de Roma y de Italia. Epicteto, Dion Chrysostomo y Artemidoro salieron. La animosa Sulpicia osó levantar la voz en favor de los desterrados y dirigir á Domiciano amenazas proféticas. Plinio el Joven se libró por milagro del suplicio á que había sido condenado por su distinción y su virtud. La pieza de *Octavio*, compuesta por aquel tiempo, encierra crueles arranques de indignación y desesperación:

*Urbe est nostra mitior Aulis
Et Taurorum bárbara tellus:
Hospitis illic cæde litatur
Numen superum; civis gaudet
Roma cruore.*

No es extraño que los judíos y los cristianos hayan sufrido las consecuencias de aquellos tremendos furios. Una circunstancia hacía inevitable la guerra: la de que Domiciano, imitando la locura de Calígula, quiso recibir los honores divinos. El camino del Capitolio se hallaba cubierto por las víctimas que se conducían ante su estatua para ser inmolados. La fórmula para los documentos de su cancillería empezaba por: *Dominus et Deus noster*. Hace falta leer el monstruoso prólogo que puso al frente de una de sus obras uno de los más elevados talentos de la época, Quintiliano, al día siguiente del en que Domiciano le encomendó la educación de sus herederos adoptivos, los hijos de Flavius Clemens: «...Sería no comprender el honor de las apreciaciones celestes mostrarme inferior á mi tarea. ¡Cuántos cuidados exigirán las costumbres que deben obtener la aprobación del más santo de los censores! ¡Qué atención deberé consagrar á los estudios para no defraudar las esperanzas de un príncipe tan eminente por su elocuencia como por todo lo demás! No se extraña que los poetas, después de haber invocado á las musas, al empezar, renueven sus votos cuando llegan al punto más difícil de su obra... Lo mismo se me dispensará que llame en mi auxilio á todos los dioses, y especialmente al que, más que ninguna otra divinidad, se muestra propicio á nuestros estudios. Que

él me infunda el genio que hacen necesario las funciones con que me ha distinguido; que me asista sin cesar; que me haga ser lo que me ha creído!»

Hé aquí el lenguaje que empleaba un hombre *piadoso*, según la expresión de aquel tiempo. Domiciano, como todos los soberanos hipócritas, se mostraba severo conservador de los antiguos cultos. La palabra *impietas* tuvo en general, sobre todo desde su reinado, una significación política, y era sinónima de lesa-majestad. La indiferencia religiosa y la tiranía habían llegado hasta el punto de que el Emperador era el único dios cuya majestad fuese temida. Querer al Emperador; en esto consistía la piedad. Ser sospechoso de oposición ó únicamente de frialdad; esto era la impiedad. Y no se creía que la palabra hubiese perdido por esto su sentido religioso.

El amor al Emperador implicaba, en efecto, la adopción respetuosa de toda una retórica sagrada que ningún espíritu sensato podía ya tomar en serio. Se consideraba revolucionario á todo el que no se inclinaba ante los absurdos de que se había hecho una rutina de Estado; y el revolucionario era el impío. El imperio llegó así á una especie de ortodoxia, á una pedagogía oficial, como la China. Admitir lo que quería el Emperador con una especie de *lealtad* semejante á la que los ingleses afectan hácia su soberano y su Iglesia establecida; hé aquí lo que se llamaba *religio*, lo que valía á un hombre el título de *pius*.

En tales condiciones, el monoteísmo judío y cristiano debía parecer la suprema impiedad. La religión del judío y del cristiano se concretaba á un Dios supremo, cuyo culto era una especie de hurto hecho al dios profano. Adorar á Dios era dar un rival al Emperador; adorar á otros dioses que los de que el Emperador era el modelo legal, constituía una injuria peor aún. Los cristianos, ó más bien los judíos piadosos, se creían obligados á hacer un signo de protesta más ó menos aparente al pasar por delante de los templos; al ménos prescindían absolutamente del beso que los paganos piadosos enviaban al edificio sagrado al pasar por delante de él. El cristianismo, por su principio cosmopolita y revolucionario era «el enemigo de los dioses, de los emperadores, de las leyes, de las costumbres, de la naturaleza entera.»

Los mejores emperadores no sabrán siempre desenvolver este sofisma, y, sin saberlo, casi sin quererlo, serán perseguidores. Un espíritu mezquino y malvado como el de Domiciano debía serlo con pedantería y hasta con una especie de deleite ó voluptuosidad.

ERNESTO RENAN.

LA POESÍA HORACIANA EN CASTILLA.

IV. *

La escuela sevillana dió en su primer período notables humanistas, traductores de Horacio y poetas en lengua latina á imitación suya, pero escasísimos líricos *horacianos* en lengua vulgar. El canónigo Pacheco, Juan de Mal-Lara, Francisco de Medina, Diego Giron, nunca, que yo sepa, imitaron al Venu-sino en lo poco que de sus versos castellanos ha llegado á nuestros días. Y en verdad que así el cantor de *Psique*, como el intérprete del *Beatus ille*, pero más aún el autor de la hermosa oda *Natalis almo lumine candidus*, tenían condiciones bastantes para figurar con honra en este género á par de los líricos salmantinos.

El primero que entre los sevillanos probó sus fuerzas en tal empresa, mas sólo como epistológrafo y satírico, fué el ingenioso y fecundo Juan de la Cueva de Garoza, que si en algun modo pertenece á la escuela hispalense, fué sumamente revoltoso é indisciplinado dentro de ella. Su larga vida le permitió asistir á no pocas transformaciones del arte nacional, y su vaga curiosidad, dirigida por un criterio ménos severo, pero á la vez ménos estrecho que el de sus doctos paisanos, le movió á tentar sus fuerzas en muchos géneros, algunos bien lejanos de la rígida disciplina herreriana. Hizo romances históricos, en verdad malísimos; hizo comedias y tragedias nada clásicas que debieron escandalizar al maestro Mal-Lara (con haber alterado éste en alguna parte el *antiguo uso*), pero que influyeron, y mucho, en los progresos del teatro; no temió burlarse del artificioso procedimiento con que Herrera trabajaba sus versos, y por fin y postre, ya en los últimos años de su vida, sancionó las libertades dramáticas en su célebre *Ejemplar Poético*, especie de manifiesto revolucionario en pro de la escuela de Lope de Vega. Esta obra es curiosa, no sólo en tal concepto, sino por ser en asunto, forma; y á veces en principios y estilo, la más antigua imitación castellana de la *Epístola ad Pisonem*. Como ella; está escrita en modo epistolar, aunque las cartas son cuatro; y si bien en mérito dista mucho de parecerse á la del poeta romano, léese, no obstante, con gusto y utilidad, y es de interés grandísimo para la historia de las teorías estéticas y críticas entre nosotros. A veces imita directamente á Horacio: véase, por ejemplo, cómo traslada el precepto contenido en los versos *Honoratum si fortè reponis Achillem...*:

Pinta al Satúrnio Júpiter esquivo
Contra el terrestre bando Briaréo,
Y al soberbio jayán en vano altivo,
Zelosa á Junó, congojoso á Orfeo,
Hermosa á Hebe, lastimada á Ino,
Á Clito bello, y sin fe á Teseo (1).

Otras veces rompe con la tradición clásica, y entonces sube de punto el interés de su libro. De esta suerte habla en defensa propia, al tratar de la poesía dramática:

Dirás que ni lo quieres ni deseas....

Que ni á Ennio ni á Plauto conocemos,
Ni seguimos su modo y artificio,
Ni de Nevio ni de Aecio caso hacemos.

Que es en nosotros un perpétuo vicio
Jamás en ellas observar las leyes
Ni en personas, ni en tiempo ni en oficio.

Que en cualquier popular comedia hay reyes,
Y entre los reyes el sayal grosero,
Con la misma igualdad que entre los bueyes.

A mí me culpan de que fui el primero
Que reyes y deidades dí al tablado,
De la comedia traspasando el fuero:

Que el un acto de cinco le he quitado,
Que reducí los actos en jornadas,
Cual vemos que es en nuestro tiempo usado...

Introdujimos otras novedades,
De los antiguos alterando el uso,
Conformes á este tiempo y calidades...

Huimos la observancia que forzaba
A tratar tantas cosas diferentes
En término de un día que se daba...

Confesarás que fué cansada cosa
Cualquier comedia de la edad pasada,
Ménos trabada y ménos ingeniosa.

Señala tú la más aventajada,
Y no perdones Griegos y Latinos...

Mas la invención, la gracia y traza es propia
A la ingeniosa fábula de España.

El que de tal suerte hollaba la autoridad clásica en nombre del teatro libre, sin buscar disculpas ni pedir perdones como Lope de Vega, sino fundándose en tres principios: la pobreza de acción en la comedia antigua, en contraste con la variada trama de la moderna; la diferencia de tiempos y costumbres, y el aplauso común, venía á echar los cimientos de una ingeniosa é influyente teoría literaria, que algunos de sus sectarios en el siglo XVII llegaron á conciliar con la *Poética de Aristóteles*, asen-

(1) Parnaso Español, tom. VIII. Martínez de la Rosa, en los *Apéndices* á su *Poética*, hizo un buen análisis del *Ejemplar* de Juan de la Cueva.

* Véase el número anterior, pág. 37.

tando que los españoles habían cumplido excelentísimamente con el principio de *imitacion*, y que por tanto estaban dentro de la legislación clásica. De Juan de la Cueva arranca esa serie de preceptistas agudos, enamorados por igual del teatro español y de la sabiduría antigua, que se llamaron Barreda, Alcázar, Gonzalez de Salas. Todos proclaman el *naturalismo*, todos acatan la preceptiva aristotélica; pero entendida de tal suerte, que llegan á deducir consecuencias como estas: *El mejor modo de escribir... comedias es el que más agrada al pueblo... Los antiguos ignoraron el arte de escribir comedias*. El jesuita, autor de estas osadas aseveraciones, razonaba de este modo:

«Como los antiguos dejaron sin usar muchas cosas para que las explicara nuestra edad, así nosotros dejaremos para que las ilustren los pósteros... La verdad está patente á todos: aún no está ocupada... No debemos seguir en todo á nuestros mayores... Muchas cosas no supieron, muchas trataron sólo de paso.» Y obsérvese bien, porque muestra el encadenamiento de nuestras tradiciones científicas: las palabras con que el P. Alcázar asienta el *progreso* en el arte, son casi traducción de las que, con más fundamento, empleó Luis Vivés para establecer la necesidad de progreso y de reforma en la ciencia: «*Patet omnibus veritas, nondum est occupata... Nulla ars simul est et inventa et absoluta.*» Pero sin querer me he venido apartando del propósito, y dejo para lugar más oportuno la exposición y comentario de otras atrevidas y singulares proposiciones del P. Alcázar en su curiosa *poética dramática*, y de Tirso de Molina en *Los Cigarrales de Toledo*.

Volvamos á Juan de la Cueva. En el tomo II del *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos* se han publicado algunas epístolas suyas en tercetos, de carácter bastante horaciano, á excepción de una que es *heroida*, del género de las de Ovidio (1). Todas son ingeniosas y amenas, aunque escritas con abandono y desaliño extremados, y ofrecen curiosos materiales para la vida de su autor y de otros ingenios andaluces. La mejor es acaso la que en el código de poesías de Cueva lleva el número 14 y comienza:

Junto á la calle que dejando el nombre
Antiguo, se llamó del Alameda,
Encontré por desdicha mia un hombre...

La epístola tiene trozos pesados y versos muy malos; pero á veces imita bien el tono del *Ibam fortè via sacra*, y otras presenta rasgos originales

(1) Es la más antigua composición de esta clase que he visto en lenguas vulgares.

dignos de alabanza. El importuno hablador, después de decir á Cueva:

Á comer hoy os quedaréis conmigo,
Por estar aquí cerca mi posada,
Y en esto ha de ser sólo lo que digo.
Á una sola comida moderada
Os convidó, no á pavos ni á capones...

llévale á su casa, que el poeta describe de esta manera:

Tenía en una pieza desviada
Una gran mesa de papeles llena,
Junto á ella una silla derrengada,
Un plato con salvado por arena,
Un liesto por tintero, un mal cuchillo,
Un Lasso, y un Boscán, y un Juan de Mena.

Cuando esperaba el huésped que empezase la comida, véase condenado á oír los versos del *reformador de toda poesía*:

Tomó la silla, abriendo un cartapacio
De propias obras, y tiró de un banco
Para mí que soy hombre de palacio...
Dejélo (aunque á mi daño) con su antojo,
Y comenzó á leer, y yo á escuchallo
La muerte viendo, cual se dice, al ojo!
Yo hecho un yunque, sin que fuerza ni arte
Me valiese, le oía ya el tormento
De Belerma, ya el fin de Durandarte,
Ya el llanto de Galván, ya el desconcierto
De Moriana viéndose cautiva,
De Gaiferos la vuelta y vencimiento...

En el resto de la epístola no faltan situaciones cómicas y chistes sazonados:

Estando puesto en esta angustia fiera,
Trajo un plato de espárragos cocidos
Y un medio pan en una faltriquera:

.....
Ya que en el plato no quedaba nada,
Echó la bendición y levantóse,
Diciendo: «Esta es comida regalada.»

Sacudió las migajas y limpióse
Con la manga del sayo boca y barba,
Y un poco sobre el brazo reclinóse,

Diciéndome: «Razon tuvo, y no poca
Quien alabó el espárrago, en que hallo
Mil excelencias que Laguna toca.»

¿No parece un trasunto de esta ridícula figura la del licenciado Cabra?

En otra epístola á D. Juan de Arguijo hácese con



tinuas alusiones á cosas y personas hoy desconocidas y á desacuerdos (que fácilmente se explican) entre Juan de la Cueva y sus compañeros de la escuela sevillana.

Hay dardos que van derechos contra Herrera:

¿Es porque voy, como es razon, huyendo
Duras frásis, *perífrasis* de extremos,
Metafóricos nombres imponiendo?

¿Es porque *alcázar* no llamé á la popa,
Capa de Marte al defensivo escudo,
De Baco escudo á la vinosa copa?

Dos de estas epístolas son *morales*, tratando una *cuál sea de más estimacion, el rico y necio ó el pobre y sabio*, y enseñando la otra que *en todo se debe seguir un medio*. En ambas abundan las reminiscencias horacianas, y en la primera hay pensamientos y expresiones que parecen haber pasado á la *Epístola Moral* de Andrada. La primera (15.ª en la colección poética de Cueva) aparece escrita y verificada con mayor esmero que otras composiciones de su autor.

La crítica literaria da asunto frecuente á estas cartas, que pueden estimarse como buen suplemento al *Ejemplar Poético*. Cueva flagela implacable y graciosamente á los traductores del toscano en la epístola á D. Alvaro de Gélves, ó enumera, escribiendo al jurado Rodrigo Suarez, los riesgos é inquietudes del pobre escritor que da á la estampa un libro, ó diserta con Herrera acerca de los vicios de la oratoria y poesía, ó dirige sangrientas burlas á un mal traductor de las églogas de Virgilio que mudó en ellas los nombres y el sentido, y á vueltas de todo esto, intercala animadas narraciones de sucesos contemporáneos, describe las grandezas de Méjico, donde residió algunos años, ó nos pone á la vista, sin fantasías bucólicas y con riqueza de donaires, la vida sosegada y quieta de un lugar de Andalucía en el siglo XVI. La variedad de asuntos, la curiosidad de noticias, la facilidad y gracia descuidada del poeta y la ausencia de toda pretension literaria, hacen muy sabrosa la lectura de estos devaneos de su ingenio, siendo de lamentar que no se hayan dado á la estampa íntegros, de igual suerte que otras poesías suyas conservadas en rarísimos códices, de los cuales alguno ha desdichadamente perecido. Entre las epístolas del todo inéditas hay dos ó tres sobre asuntos morales, según resulta del índice que formó Gallardo.

De los poetas propiamente *sevillanos* no hay mucho que decir en este estudio.

Herrera en las elegías y en los sonetos fué *petrarquista*; en sus dos admirables canciones *bíblicas* con estro superior al que mostró, siglo y medio después, Filicaja, pero sólo en dos ó tres ocasiones *horaciano*.

Pasa por pindárica su altisonante oda *A D. Juan de Austria*, pero yo encuentro allí poco ó nada de Píndaro y bastante de Horacio: hasta hay reminiscencias de la oda á Caliope *Descende cælo*. No hay más que comparar estos dos fragmentos:

Scimus ut impios
Titanes, immanenque turbam
Fulmine sustulerit caduco
Qui terram inertem, qui mare temperat
Ventosum, et urbes, regnaque tristia
Divosque, mortalesque turbas
Imperio regit unus æquo.

Magnum illa terrorem intulerat Jovi
Fidens horrida brachiis,
Fratresque, tendentes opaco
Pelion imposuisse Olympo.
Sed quid Typhoeus et validus Mimas,
Aut quid minaci Porphyryon statu,
Quid Rhætus, evulsisque truncis
Enceladus, jaculator audax,
Contra sonantem Palladis ægida
Possent ruentes?.....

Testis mearum centimanus Gyges
Sententiarum.....

Cantaba la victoria
Del ejército etéreo y fortaleza
Que engrandeció su gloria,
El horror y aspereza
De la titánia estirpe y su fiereza.

De Pálas Atenea
El gorgóneo terror, la ardiente lanza...
Tú solo á Oromedonte
Trajiste el hierro agudo de la muerte...
Si este al cielo amparara
Contra las duras fuerzas de Mimante,
Ni el trance recelara
El vencedor Tonante,
Ni sacudiera el brazo fulminante... etc.

Las rápidas y valientes estrofas en que describe Herrera la derrota de los moriscos, parecen reflejo de la oda *A Druso*, y hasta el empleo de la *lira* de Garcí-Lasso, nunca usada por el *divino* poeta sino en esta ocasión, contribuye á dar carácter *horaciano* al total de la pieza. Han censurado en ella, y con razón, todos los críticos no sevillanos, aparte de la profusión de efectos onomatopéicos, lo incongruente del plan, semejante al de aquellas odas de tiempos *arcádicos* en que, para felicitar á una persona, se ponía en movimiento á todos los dioses del Olimpo griego. Yo sospecho que Herrera, que había hecho una *gigantomáquia*, no supo resistir á la tentación de dar fuera de propósito alguna muestra de los primores del poema en que cantó la guerra

De la gente de Flegra conjurada.

Encuétrase en las poesías de Herrera una *cancion* moral, en estancias largas al modo italiano, pero en lo demás muy horaciana. Es la octava del libro II en la edición de Pacheco, y abunda en graves pensamientos dignamente expresados y sin excesivo aliño:

No os desvanezca el pecho
La soberbia ignorante y engañada,
Ni lo mostreis estrecho,
Que para aventajaros
Entre las sombras de esta edad culpada
Debeis siempre esforzaros,
Pues solo aquello es vuestro
Que á vos debeis y á vuestro brazo diestro.

En la primera edición escribió Herrera, y pienso que mejor:

Pues solo es vuestro aquello
Que por virtud pudistes merecello.

Es sentencia de Epicteto al comienzo del *Enchiridion*, donde divide las cosas en propias y en ajenas.

También es doctrina estoica la de estos hermosos versos:

Aquel que libre tiene
De engaño el corazón, y solo estima
Lo que á virtud conviene,
Y sobre cuanto precia
El vulgo incierto, su intención sublima,
Y el miedo menosprecia,
Y sabe mejorarse,
Solo señor merece y rey llamarse.

Sabido es que los sonetos de D. Juan de Arguijo versan casi siempre sobre argumentos clásicos, y reproducen muchas veces ideas y frases de poetas griegos y latinos. Algunos hay que en pensamiento ó forma recuerdan á Horacio:

A tí de alegres vides coronado,
Baco, gran padre, domador de Oriente,
He de cantar, á tí que blandamente
Templas la fuerza del mayor cuidado.
Ora castigues á Licurgo airado
Ó á Penteo en tus aras insolente,
Ora te mire la festiva gente
En sus convites dulce y regalado...

Esto se escribió indudablemente después de una lectura del ditirambo *Bachus in remotis carmina rupibus*. De igual suerte el soneto de la constancia

Aunque en soberbias olas se revuelva...

trae á la memoria el *Justum et tenacem*, al paso que el *Eheu fugaces* está repetido en el soneto que comienza:

Mira con cuánta prisa se desvía...

Aun pudieran presentarse otros ejemplos. Tiene, además, Arguijo una poesía muy horaciana, la silva *A la vihuela*, instrumento en que él era destrísimo. En el *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos*, se ha estampado otra poesía inédita del mismo carácter. A ella pertenecen estos versos:

Tan sólo tú, oh virtud, de las acciones
Arbitro justo, entre los dos extremos.
Regla segura pones.
A tu verdad debemos
La elección conveniente. Tú deshaces
Con luz divina las humanas nieblas,
Le enseñas el camino ó norte cierto,
Y le conduces á dichoso puerto.

Este pasaje es de una serenidad y una limpieza clásicas.

Mas véase el contraste en Baltasar de Alcázar, que tuvo la humorada de hacer una oda burlesca *Al Amor* en sáficos-adónicos, comenzándola de este modo:

Suelta la venda, súcio y asqueroso,
Lava los ojos llenos de legañas,
Cubre las carnes y lugares feos,
Hijo de Vénus.

Tras de lo cual le amenaza con azotes y le manda ir á casa de su madre para que *se vista*. Aunque este desenfado no sea el hermano más digno de *La cena*, no parece inoportuno hacer mérito de él por la singularidad del metro y del estilo.

De Francisco de Medrano poco me resta que decir en esta Memoria, puesto que en la de los traductores hablé largamente de sus odas y del género á que pertenecen. Medrano es un poeta de la escuela salmantina, y no sigue la tradición de Herrera, sino la de Fr. Luis de León y Francisco de la Torre. Hasta imita la *Profecía del Tajo*, quedando muy inferior á su maestro. No acertó Medrano á infundir su espíritu en lo que tomaba de la poesía antigua, ni procedió en sus remedos con libertad de genio, acomodando formas clásicas á pensamientos nuevos. En cambio, fué más fiel al genuino espíritu de la lírica romana, y alcanzó un alto grado de sobriedad y pureza en sus imitaciones. Sirva de ejemplo la oda siguiente, tomada casi del *Caelo supinas si tuleris manus*:



Al cielo si las manos levatares
Y los ojos, Minardo, vergonzosos,
Si con votos piadosos
Sus iras aplacáres.

No sentirá los astros pestilentes
Tu vid, ni las langostas tu sembrado,
Ni los hielos tu prado,
Ni los soles ardientes.

El rico á quien el oro ensoberbece,
Diez escogidas vacas las más gruesas
Que pastan sus dehesas,
A Dios en voto ofrece.

A tí de un hogar pobre humilde dueño,
No toca, nó, tan ambiciosa ofrenda;
Darle has la mejor prenda
De tu redil pequeño.

Que si imploraren su deidad ajenas
Tus manos de venganza y de codicia,
Hallarla hán más propicia
Que las del rico llenas.

Este es Horacio hablando en lengua vulgar.
Gran mérito es en Medrano no tender nunca á la perifrasis ni á la amplificación, defectos comunes de la lírica hispalense.

Medrano no desarrolla otras ideas morales que las de Horacio. Así escribe á Fr. Pedro Maldonado:

Vive despacio, olvida cuerdamente
Lo pasado, no temas lo futuro,
Mas con seso maduro
Goza del bien presente;

Que todo es humo y sombra y desaparece;
Dejará Eutropio sus preciósos lares,
Sus rentas, sus lugares.
Y cuanto le envanece...

Todos serémos, todos, cuán temprana
Víctima de la muerte. ¿Qué cansamos
La vida? Hoy, hoy, vivamos,
Que nadie vió á mañana.

Era nuestro poeta un excelente versificador, y siempre acomoda con destreza combinaciones fáciles y ligeras á sus odas, como quien comprendía la oculta relacion del ritmo con el sentimiento y con la idea. Usa mucho la estrofa de Francisco de la Torre, pero aconsonantada, v. gr.:

Sosiego pide á Dios en la desierta
Y alta mar el piloto, á quien la luna
Nubes robaron tristes, y ninguna
Le luce estrella cierta.
Sosiego el aleman infante armado,
Sosiego el volador jinete móro,
Que no con perlas, Niño, ni con oro
El sosiego es comprado...

De Francisco de la Torre tomó esta otra forma de cuartetos:

Mas los daños del tiempo, presurosas,
Las lunas los reparan,
Y restituye el céfiro las rosas
Que los cierzos robaran.

Nos, de peor condicion, si tal vez una
A aquella luz cedemos,
¿En qué abril, á que viento, con qué luna,
Renovarnos podremos?

Pero dióles mayor variedad, usándolos de dos maneras distintas:

- 1.ª Si de renta más cuentos
Que los ingas y chinos alcanzares,
Y tus anchos cimientos
Las tierras ocuparen y los mares....
- 2.ª ¿Qué pide al cielo el bien disciplinado
Filósofo? De Cresos no el tesoro,
Ni de Midas el oro,
Ni de Augusto el estado,
Ni el trigo que Sicilia fértil siega,
Ni las vacadas de Calabria gruesas,
Ni las anchas dehesas
Que el claro Bétis riega...

Con frecuencia emplea Medrano una especie de *liras* propia y peculiar suya, á este tenor:

¡Oh, mil veces conmigo reducido
Al postrer punto de la vida odioso!
¿Cuál astro poderoso
Hoy te ha restituido
A tu suelo dichoso?...

Las estrofas de seis versos le son familiares; por ejemplo:

Allá Grecia remisa
Sufre el yugo tirano, y el pié besa
Que la cerviz le pisa,
¡De tan gentiles pechos, digna empresa!
¿Dónde tus soberanos
Ingenios, Grecia, dónde están tus manos?

No faltan en sus poesías ejemplos de estrofas largas, con la particularidad notable de que suelen terminar en un *eptasilabo* contra la costumbre de nuestros poetas clásicos.

Dispénsenos estas citas y estos pormenores ritmicos los amantes de profundas consideraciones y vastas síntesis. Precisamente por no tener en cuenta estas minucias, se han cometido graves yerros al clasificar en escuelas á nuestros poetas, alterando

las naturales relaciones de unos con otros, y rompiendo el hilo de la tradición literaria que los une.

Jáuregui, ingenio *italiano* por excelencia, compuso una larga *Cancion al oro*, horaciana en las ideas, mas no en la estructura, y tan admirablemente escrita y versificada como todas las poesías de su primera época. Cuánto se acordaba del *Inclusam Danaem* al componerla, mostraránlo éstos versos:

Ya con la Argiva dama
Servida del Tonante,
Fueron de Aerisio los recatos vanos,
Cuando apagó la llama
Del cauteloso amante
Tu espesa lluvia de lucientes granos...

Jáuregui tiene donde quiera la expresión rica y lozana del *Acaecimiento amoroso*, su poesía más característica, mas nunca la rapidez horaciana, ni aun cuando quiere imitar el *Mecenas atavis*:

Con un igual desvelo
Se entrega el cazador al bosque espeso,
Y sin envidia al lecho regalado,
Pasa la noche al yelo,
Al jabalí atendiendo, que el sábueso
Ya levantó, ó al tímido venado.
Trás el neblí templado
Otro se aventá, y de la vista pronta
No pierde el blanco de la garza alada
Con el halcon trabada,
Que en vuelo oblicuo al cielo se remonta,
Y su halcon tal vez y su contento
Lo lleva el aire, como pluma el viento.

Este trozo es de buena y noble poesía descriptiva; pero nada hay más lejano del estilo de Horacio que esa insistencia en los detalles y ese afán de describirlo todo. Una vez fué horaciano Jáuregui, y esa sin quererlo, y cantando precisamente el asunto más cristiano y español que puede imaginarse, los místicos desposorios de Santa Teresa.

Extraño ha sido el destino de Rioja. Su celebridad se funda principalmente en dos poesías ajenas, las *Ruinas de Itálica* de Rodrigo Caro, y la *Epístola Moral* de Fernandez de Andrada. Pero aun separándolas, queda en Rioja un admirable poeta, y poeta con frecuencia horaciano, en las silvas y en los sonetos. El mayor brillo de aquellas composiciones no ha dejado hasta hoy percibir debidamente el mérito de estas otras más modestas y sencillas. Al hablar de los traductores mencioné ya un soneto, imitación muy directa del *Extremum Tanaim si biberes*:

Oyé con qué ruido la violenta
Furia del viento en el jardín se extiende,

Y que apena aun la puerta se defiende
Del soplo que en mi daño se acrecienta.

Pon la soberbia, oh Laida, y blandos ojos
Muestra, pues ves en lágrimas bañado
El umbral que adorné de fresca rosa;

¡Que no siempre tu ceño y tus enojos
Podré sufrir, ni el mústio invierno helado
Ni de Bóreas la saña impetuosa!

También es imitación, y muy bella, de Horacio el soneto que principia:

No esperes, nó, perpétua en tu alba frente,
¡Oh Aglaya! lisa tez, ni que tu boca
Que al más helado á blando amor provoca
Bañe siempre la rosa dulcemente...

No es necesario recordar el origen de esta sentencia:

Pasa, Tirsis, cual sombra incierta y vana
Este nuestro vivir...

De las primeras estrofas del *Canto secular* sacó nuestro poeta aquel otro soneto que principia con dos versos famosísimos:

Almo divino sol que en refulgente
Carro sacas y escondes siempre el día...

Dejadas aparte las incomparables silvas *A las flores*, no sin recrearnos de paso con aquella música divina:

Naciste entre la espuma
De las ondas sonantes
Que blandas rompe y tiende el ponto en Chio,
Y quizá te formó suprema mano
Como á Vénus, también, de su rocío,

conviene hacer mérito de otras piezas más propiamente horacianas, cuales son la oda *Al Verano*:

Fonseca, ya las horas
Del invierno ateridas...

y las dedicadas á la tranquilidad, á la constancia, á la riqueza y á la pobreza, cuatro composiciones que, después de las de Fr. Luis de Leon, son lo mejor que en punto á odas *morales* atesora nuestra literatura. No están exentas de conceptos oscuros y frases laboriosas, pero ¿quién no las perdona al leer trozos como este:

¡Oh, ejercite yo siempre el sufrimiento
Con frente no marchita!

Que los valientes ánimos más deben
 A la acerba ocasion que á la dichosa,
 Porque en el daño su valor se aumenta,
 Como el estéril campo que acrecienta
 Su virtud, abrasado
 En incendio, sonante y dilatado...
 ¡Oh, cuánto es infelice quien la vida
 Breve pasa olvidado,
 Siempre igual cuando nace y cuando muere,
 Yace en alto silencio sepultado!

En todas las poesías morales de Rioja, y aún en las silvas *A las flores*, nótase una grave é intensa tristeza, conveniente, por cierto, á estos últimos destellos de la escuela sevillana, que logró de Dios el raro privilegio de coronar su gloriosa vejez con una obra maestra, y bajar al sepulcro no arrullada por cantos de amores, sino por los altos consejos de la antigua sabiduría. Refiérome á la *Epístola* celeberrima del capitán Fernandez de Andrada, atribuida á Rioja, hasta que el docto gaditano D. Adolfo de Castro ha descubierto su autor verdadero. En la *Carta á Fabio* los pensamientos son trillados, son hasta lugares comunes; pero, ¡cómo los realza la expresion vibrante y sentenciosa del poeta! Muchos se han convertido en proverbios y viven en la memoria de literatos y de indoctos. Es esta pieza el *summum* de la Epístola horaciana, y uno de los más bellos monumentos de la escuela de Sevilla. Gloriosamente la enterró el capitán Andrada.

V.

No se agotó en la escuela sevillana toda la vitalidad de la poesía andaluza. Florecieron al mismo tiempo otros dos grupos poéticos, que el engreimiento local ha bautizado con los nombres de escuelas *cordobesa* y *granadina*. Que Córdoba y Granada dieron en nuestra edad de oro excelentes poetas, nadie lo negará por cierto. Pero que estos ingenios aparezcan entre sí bastante enlazados y ofrezcan la similitud de condiciones y estudios necesaria para constituir una escuela poética con *teoría y práctica* propias, cosa es difícil de admitir en vista de los datos históricos. ¿Qué semejanza puede haber entre Pablo de Céspedes y Barahona de Soto, ni entre éstos y Góngora? Poca ó ninguna. Más relacion se observa entre los granadinos, y ciertamente Juan de Arjona, Gregorio Morillo, Luis Martinez de la Plaza, Pedro Espinosa, Agustín de Tejada, Doña Cristobalina Fernandez de Alarcon, Soto de Rojas, Pedro Rodríguez, Vicente Espinel, tienen algunos caracteres comunes de estilo y versificación, mas no bastante determinados ni de bastante importancia para que podamos calificar de *escuela* á la reunion de estos lozanísimos ingenios.

¿Quién fué el legislador y preceptista, el Brocense

ó el Herrera de esa escuela? ¿Qué doctrina estética ó crítica la dirigió en sus creaciones? ¿Dónde están sus períodos de infancia, desarrollo, virilidad y decadencia? ¿Hay entre sus discípulos alguno de individualidad tan enérgica como Fr. Luis ó Herrera, bastantes á dar tono y color á sus respectivas escuelas? Pienso que no. Mas lo indudable es que los ingenios granadinos forman un grupo de consideracion en la historia de nuestra poesía lírica, y conviene estudiarlos reunidos para buscar en ellos el elemento *horaciano* que vamos persiguiendo.

Los padres y fautores del movimiento literario en Granada fueron, á lo que entiendo, D. Diego de Mendoza en sus últimos años; Hernando de Acuña, que murió allí pleiteando la sucesion del condado de Buendía; Gregorio Silvestre, organista portugués, partidario en un principio de la escuela de Castillejo y cultivador al fin del endecasílabo, en el cual fijó la ley de los acentos; y el negro Juan Latino, señalado por su poema en loor de D. Juan de Austria. Pero el gran desarrollo de la llamada escuela no tuvo lugar hasta fines del siglo XVI. Por entónces trabajaba el licenciado Juan de Arjona en su excelente traduccion de Estacio, que continuó Gregorio Morillo, y entónces se escribieron la mayor parte de las composiciones líricas que en 1605 recogió en las *Flores de poetas ilustres* Pedro de Espinosa. Recorriendo aquella curiosa coleccion, tropiézase muy luego con el nombre y obras del Dr. Agustín de Tejada Paez, uno de los más valientes poetas de la *escuela*, notable por el número y altisonancia, con frecuencia excesiva, de sus versos. Tres de sus canciones (*Á la Asuncion*, *Á la Desembacion de los santos de Granada*, *Á la armada invencible*) son imitaciones del estilo de Herrera, mas otra de las escasas poesías suyas publicadas por Espinosa pertenece al género moral de Horacio, cuyo estilo y pensamientos remeda con bastante felicidad, aunque no sin algunos rasgos de mal gusto. Hablando del sabio, dice:

Vése este tal entre salobres ondas
 Que al cielo se levantan,
 Y que en peñascos cóncavos quebrantan,
 En muerte envueltas, las arenas hondas,
 Mas su divino aliento
 Calma el mar, rinde el tiempo, enfrena el viento.
 Vése este tal donde el furioso scita,
 Entre escarchada nieve,
 Sangre espumosa de caballos bebe,
 Y va ante él, aunque más su furia incita,
 Más seguro y constante
 Que ante el ladron desnudo caminante.
 Y si por caso de su patrio muro
 El contrario avasalla
 La libertad, á fuerza de batalla,

Entre el comun despojo está seguro;
Burla de su enemigo,
Porque sus bienes llevará consigo.

Grande era en verdad el estro lírico del que acertó á expresar la constancia del sabio con esta soberbia imágen:

Solo el sabio se ve firme y constante
Entre mudanzas tantas,
Porque tiene firmísimas las plantas
Sobre duras columnas de diamante.

Esto vale tanto como el *Justum et tenacem*. El *Constancio* á quien va dedicada esta oda es el licenciado Andrés del Pozo, de quien se conservan mss. una oda *Á la noche* y un poema *Al elemento del agua*.

Otras poesías de Tejada conozco, no insertas en *Las flores* de Espinosa, pero ninguna de ellas pertenece al género horaciano.

Poeta de muy diverso temple fué Luis Martin ó Martinez de la Plaza, cuyo renombre estriba principalmente en sus madrigales. Es recuerdo del *Audivere Di mea vota*, Lyce un soneto suyo, que principia:

Lidia, de tu avarenta hermosura
Pide el tiempo enemigo larga cuenta...

A Gregorio Morillo pertenece una viva y donosa sátira en tercetos lindamente versificada, y más del estilo de Horacio que del de Juvenal, á lo que entiendo.

No tengo á Juan de Morales por granadino: nació á orillas del Bétis, segun dice él mismo, pero no hay duda que pertenece á este grupo poético. En su oda al señor de Guadalcázar hay imitaciones horacianas. El *Vixere fortes ante Agamemnona* está reproducido en estos versos:

No fué solo en el mundo Ajax valiente,
Ni el valeroso Héctor el primero
Que murió peleando por su tierra;
Mas éstos la divina voz de Homero
Conserva en la memoria de la gente,
Aunque breve sepulcro los encierra.
Hombres hubo famosos en la guerra
Antes de Agamenon.....

Ignoro tambien la patria de un D. Fernando de Guzman, de quien anda en las *Flores* una oda algo semejante al *Vides ut alta stet nive candidum*. El tono de burlas que á veces forma el autor perjudica al efecto de su composicion.

Sumamente prosáica es una cancion moral del

Dr. Andrés de Perea, compuesta á ejemplo del *Beatus ille*:

¡Por cuán dichoso estado
Aquél puede tenerse
Que con pobre posada está contento...

Vicente Espinel merece señalado lugar en este catálogo así por sus traducciones, de que en lugar oportuno queda hecha memoria, como por algunas de sus poesías líricas originales, especialmente la epístola *Al Marqués de Peñafiel*, en que ha sido muy celebrada la descripcion de un incendio y rebato en la ciudad de los Alhamares.

El licenciado Luis Barahona de Soto, autor del célebre poema *Las lágrimas de Angélica*, nació en Lucena; pero residió gran parte de su vida en diversos lugares del reino de Granada, ejerciendo la medicina. Hasta el siglo pasado permanecieron inéditas cuatro sátiras suyas en tercetos, que se estamparon, al fin, en el tomo IX del *Parnaso Español*. Son de carácter bastante horaciano, en especial la que censura *varias necedades*, y la enderezada *contra los malos poetas afectados y oscuros en sus poesías*. No carecen de rasgos de ingenio, pero, en general, no pasan de medianas. Así en estas como en otras poesías suyas, Barahona fué grande imitador de Juan de la Cueva, cuyas obras suelen andar mezcladas con las suyas en los antiguos códices.

Poco me resta que decir de los poetas de la escuela granadina. Sus últimas glorias, Mirademéscua y Pedro Soto de Rojas, rara vez fueron horacianos. Del segundo recuerdo una bella cancion *A la primavera*:

La primavera hermosa,
Bella madre de flores,
Viene esparciendo amores
Con mano generosa,
Y el céfiro templado
Con dulce aliento solicita el prado...

Tampoco fué Horacio el favorito entre los vates cordobeses. Ni Pablo de Céspedes ni Juan Rufo le imitaron nunca de propósito. Carrillo de Sotomayor compuso dos canciones sobre el asendereado tema de la vuelta de la primavera, con ideas, en parte, horacianas, aunque el estilo diste mucho de parecerse al del lírico de Venusa. Algunas de las poesías de Góngora, en su primera época, pertenecen á la lírica clásica. Sirva de ejemplo la linda cancion

Corcilla temerosa,
Cuando sacudir siente

Al soberbio Aquilon con fuerza fiera
La verde selva umbrosa...

el soneto :

Ilustre y hermosísima María...

y la sátira en tercetos á la vida de la corte. Buscar en sus posteriores desvaríos la huella horaciana, fuera excusado intento.

VI.

Valencia, donde aún duraba el eco de los sentidos cantos de Ausias March y de las punzantes sátiras de Jaume Roig, dió albergue en el siglo XVI á una brillante escuela poética, de la cual fueron espléndido ornamento los Aldanas, Fernandez de Heredia, Ramirez Pagan, Timoneda, Gil Polo, Cristóbal de Virués, D. Alonso Giron de Rebollo, Rey de Artieda, el canónigo Tárraga, Aguilar, Guillen de Castro y muchos otros. Las tendencias *dramáticas* de esta escuela sirven para distinguirla y caracterizarla entre las demas peninsulares, mas no hemos de estudiarla ahora en ese concepto. Las reminiscencias de la poesía catalana contribuyen á dar color al grupo valentino, y la afición al cultivo de la sátira fácil y ligera, manifiesta en el *Cancionero de la Academia de los Nocturnos*, es otro de los rasgos más señalados de su fisonomía artística. Dicho se está que en la patria de los grandes humanistas Vives, Nuñez, Oliver, Falcon, Honorato Juan, Vicente Marinér, tampoco habian de faltar imitadores de la lírica antigua. No fueron, con todo, muy numerosos. El capitán Francisco de Aldana, á quien algunos han supuesto tortosino, era hombre de altos pensamientos, pero versificador tan duro y escabroso que deja atrás á Boscán y á D. Diego de Mendoza. Inclúyense en la primera parte de sus *Poesías* tres epístolas, una á su hermano Cosme, otra á *Galanio*, y la tercera á un amigo que no se nombra, imitaciones todas de las de Mendoza, y pertenecientes, por tanto, al género de Horacio. En la segunda parte se insertan unas octavas en loor de la *vida retirada*, reproducción de algunos pensamientos del Venusino.

Ningun poeta de Valencia sobrepujó á Gil Polo en amenidad y halago. Las poesías insertas en su *Diana* presentan algunas reminiscencias de Horacio. Tal acontece en las *Rimas provenzales* del libro I, por mas que los pensamientos allí expresados pertenezcan también á otros poetas latinos como Virgilio y Tibulo, siendo además visible la influencia de Garcilaso y otros bucólicos nuestros. Son muy de notar las innovaciones métricas de Gil Polo. A él se deben, aparte de las *Rimas provenzales*, los

únicos *alejandrinos* que tal vez se compusieron durante el siglo XVI:

De flores matizadas se vista el verde prado,
Retumbe el hueco bosque de voces deleitosas,
Olor tengan más fino las coloradas rosas,
Floridos ramos mueva el viento sosegado.

Pero volvamos á Horacio. Las epístolas de Cristóbal de Virués, y las líricas de su hermano Jerónimo *A la libertad* no son sobresalientes. No diré otro tanto de los *Discursos, Epístolas y Epigramas de Artemidoro*, seudónimo de Micer Andrés Rey de Artieda, poeta más *aragonés* que valenciano, y casi comparable en su género á los hermanos Argensolas. Fúndase sobre todo la celebridad de Rey de Artieda en su *Epístola acerca de la comedia*, dechado de aticismo, discreción y fáciles versos. No es su doctrina libre y revolucionaria como la de Juan de la Cueva, ántes peca por rigorismo clásico, censurando, aunque sin nombrarle, á Lope de Vega:

Galeras ví una vez ir por el yermo,
Y correr seis caballos por la posta
De la isla del Gozo hasta Palermo.

Poner dentro Vizcaya á Famagossa,
Y junto de los Alpes Persia y Media,
Y Alemania pintar larga y angosta.

Como estas cosas representa Heredia
A pedimento de un amigo suyo
Que en *seis horas* compone una comedia.

Ha sido muy celebrada la graciosa imágen de los poetas que se levantan como las ranas,

Con el calor del gran señor de Delo.

No es ménos feliz, en otro género, esta paráfrasis de unos versos griegos (referidos por Ateneo) en que se expone la enseñanza moral del teatro:

La gravedad que ha tener la dueña,
La ley que ha de guardar firme y constante
El hombre que su fe y palabra empeña,
Celo y amor del padre vigilante,
De los hijos el miedo y el respeto
Que han de guardar, teniéndole delante,
Del que es galán el término discreto,
La vergüenza y valor de una doncella
Cuando se mira en confusion y aprieto,
El fin de una justísima querrela,
La muerte arrebatada de un tirano
Que todo por su gusto lo atropella,
Esto enseña al discreto cortesano...

La teoría dramática de Artieda está compendiada en estos acicalados tercetos:

Es la comedia espejo de la vida,
Su fin mostrar los vicios y virtudes
Para vivir con orden y medida.
Remedio eficacísimo (no dūdes)
Para animar los varoniles pechos
Y enfrenar las ardientes juventudes,
Materia y forma son diversos hechos
Que guían á felices casamientos
Por caminos difíciles y estrechos,
O al contrario placeres y contentos
Que pasan como rápido torrente,
Y rematan en trágicos portentos.

En otras epístolas y sátiras suyas Artemidoro se inclinó á la imitación del Ariosto, según él mismo confiesa en la dedicatoria de sus versos. Pasemos á los poetas aragoneses.

VII.

Nadie manifestó con tanta insistencia como los Argensolas el propósito de imitar al Horacio de las sátiras y de las epístolas. Quedaron, no obstante, á buena distancia de él, aunque por cima de Boileau, diga lo que quiera el abate Marchena. Faltábales de cierto ligereza y travesura; solían apelmazarse y caer en largas divagaciones; las flechas de su sátira son pesadas más que agudas, van certeras pero suelen entretenerse en el camino, y si no yerran el golpe, pierden parte de su fuerza y hieren débilmente, menoscabándose así el efecto final. La forma monótona del terceto, aunque manejada por ellos superiormente, contribuye al cansancio del lector, demostrando fatiga en el poeta mismo, que en ocasiones parece deseoso de acabar la sátira, y no encontrando medio y arrastrado por la intermitencia de la versificación, prosigue eslabonando tercetos. En Horacio no hay palabra que huelgue: en los Argensolas hay muchas, y largos pasajes, y digresiones eternas, que pueden sin dificultad suprimirse. Horacio posee una variedad inagotable de asuntos y de medios artísticos. La aparatosa severidad de los estóicos; la sensualidad de los epicúreos de baja estofa, personificados en Caeio; el elogio de la frugalidad en boca de Ofelo; las diversas locuras de los hombres en el diálogo con Damasipo; la vanidad nobiliaria; el adulterio; los peligros de escribir sátiras; el ridículo aitercado de Persio y Rupilio; las donosas relaciones del viaje á Brindis, y de la comida de Nasidieno; los hechizos de Sagana; las astucias de los *capta-herencias*; todo esto y mucho más aparece en las amenísimas sátiras del vate de Ofanto, rico museo de la sociedad romana en el siglo de Augusto. En cambio, los Argensolas apenas encuentran asuntos en que ejerci-

tar su humor satírico, y rara vez salen de la entonación magistral y sentenciosa que desde el principio toman. Pero esto es cuanto se ha dicho y puede decirse en reprensión suya: en lo demás, sólo merecen elogios. ¿Quién los igualó (con ser aragoneses) en lo puro y castizo de nuestra dición? ¿No se les deben infinitas frases felices por lo acerado de la sentencia ó por la asociación oportuna de las palabras? Aunque su estilo no tenga la originalidad ni el nervio que ostentan las sátiras de Quevedo, ¿cabe dudar que es de los más clásicos y mejor trabajados de nuestra lengua? El respeto y amor al arte que campean en los escritos de ambos Argensolas; lo acertado y á veces profundo de sus máximas; la sagacidad de sus observaciones de costumbres; el color local y de época, ménos del que se apeteciera, pero grande al cabo; y sobre todo esto, el sabor clásico imperecedero, son bastantes á librar del olvido esas preciadas joyas de la escuela aragonesa.

Del secretario Lupercio se conservan una epístola y una sátira. La carta

Aquí donde en Afranio y en Petreyo
A César se rindió la vez primera
La no vencida suerte de Pompeyo...

es obra de sus mocedades, y fué compuesta en Lérida, como de ese terceto se deduce. Nótese en ella más soltura y desaliño que en otros versos del poeta, y el tono es jovial y regocijado. Toea el satírico varios asuntos, é invectiva principalmente á los parásitos y aduladores:

Así se canonizan hoy los vicios,
Y se compran y venden los favores,
Y son los grandes príncipes propicios.

La sátira *A la Marquesilla* es famosa, y se encuentra reproducida donde quiera. Ha sido, y con justicia, una de las obras más encomiadas por nuestros preceptistas y críticos al modo clásico. En estos elogios entra por mucho la delicadeza con que el secretario aragonés acertó á tratar una materia de suyo escabrosa, hasta el punto de que en su descripción de los enredos y trapacerías de Flora apenas hay pensamiento ni palabra ofensivos á los castos oídos. Por otra parte, la sátira osténtase llena de vida y animación en sus pinturas, y aunque nada corta (defecto comun en los Argensolas), léese sin dificultad, y se relee con agrado. No faltan alusiones contemporáneas; pero son muchos más los recuerdos clásicos. De Ovidio está tomado en sustancia, aunque con variantes que lo mejoran, el pasaje célebre:

Y cuando veas al triste que se ablanda
Lleguen el portugués con el joyero,
Éste con oro, el otro con holanda...
Atraviésase luégo Magdalena,
Pide para chapines ó una toca,
Y tu paje de lanza pide estrena...

En algunos trozos parece que el autor se propuso imitar la sátira de Juvenal contra las mujeres; pero ni tiene sus declamaciones ni su amargura, ni peca en desnudeces excesivas. El alma de la composición es horaciana.

Sabido es que Jáuregui y Quevedo trataron el mismo argumento, el primero en la epístola

Bien pensarás ¡oh Lidia! engañadora...

y el segundo en la sátira

Pues más me quieres cuervo que no cisne...

Pero Jáuregui no tenía verdadero ingenio satírico, y en cuanto á Quevedo, que le poseyó en más alto grado que ningun poeta castellano, quedó allí inferior á Lupercio en igualdad, decencia y gusto, cuanto le supera en originalidad y brío.

Son ingeniosos y pertenecen á la sátira *horaciana* los tercetos leídos por Lupercio en la Academia Selvaje para explicar el nombre de *Bárbaro* que su mujer le había impuesto. Resplandece en ellos el don de la brevedad, rara vez alcanzado.

Rica es la cosecha de sátiras y epístolas que nos legó Bartolomé Leonardo. Nueve, y todas de grande extension, son las originales impresas.

Abre el catálogo la encabezada

¿Estos consejos das, Euterpe mia?
Tu plática me deja de manera
Que no sé si te llore ó si me ria...

que recuerda los diálogos horacianos con Trebacio y Davo. Euterpe aconseja al poeta que la abandone y procure por diversos medios acrecentar su hacienda y hacerse lugar en el mundo. Bartolomé procura destruir sus argumentos, alegando la propia incapacidad para los negocios de la vida, y lo vano y perecedero de las grandezas humanas, tesoro que se trasforma en carbones. Encierra esta sátira pasajes que demuestran una vez más contra rancias preocupaciones la libertad casi absoluta con que se hablaba y escribía de todo en la España de nuestros mayores.

Argensola no teme decir:

Ni á Italia has de pasar por beneficios,
Para darles asalto con la capa

De que son subrepticios ú obrepticios.
Para engañarlo no verás al Papa,
Aunque te llame el golfo de Narbona,
Tan pacífico en sí como en el mapa.
Que si Micer Pandolfo trae corona
Y prebendado ha vuelto ya, Dios sabe
Cuál Simon le ayudó Mago ó Barjona.

¿Qué dirán á esta y otras citas por el estilo los que siempre sueñan con la *intolerancia* y el *despotismo*?

Siguiendo la costumbre de Horacio, intercala Bartolomé en sus sátiras cuentos y fábulas. En esta se refiere el caso del labrador que pensó haber encontrado un tesoro.

La segunda de dichas piezas, no en el orden cronológico, sino en el de las ediciones, es la epístola

Para ver acosar toros valientes...

dirigida á don Fernando de Borja, virey de Aragon. Como en obra de la madurez del poeta, el elemento satírico cede allí al moral y filosófico. La doctrina pónese en boca de

Cierto bien entendido cortesano...

que no es otro que el gran conde de Lémos, entónces retirado de la corte, y en desgracia. De él escribe el Rector de Villahermosa:

Allí se ajusta bien con el modelo
Del cuerdo labrador que pinta Horacio
Con poética voz llamado *Ofelo*...

Mayor celebridad ha obtenido la sátira

Dícesme, Nuño, que en la corte quieres...

brillante imitación de Juvenal en estilo y asunto. ¡Cuánto supera á la insípida sátira de Boileau sobre los inconvenientes de Paris! ¡Qué indignacion tan verdadera y sostenida la de Argensola contra la depravacion de costumbres! Lástima que largos consejos pedagógicos, acomodados en verdad al intento del poeta, entorpezcan y debiliten aquella briosa censura de la corte de los Felipes. La juventud noble, degenerada del alto sér de sus abuelos, es el principal blanco de las iras del canónigo aragonés. El pasaje relativo á las dueñas, *autoridad y norte de la casa*, y terceras de toda intriga amorosa, es la perfeccion del género. Nunca dió la sátira castellana versos más nutridos, ni frases más vigorosas y pintorescas:

El agráz virginal de las alumnas
En las prensas arroja, aún no maduro...
La grave autoridad de la moneda
Del áspero desdén nunca ofendida
Porque jamás oyó respuesta aceda...

La epístola

Con tu licencia, Fábbo, hoy me retiro...

tiene el mismo asunto que la anterior, con leve diferencia. Pero el tono es diverso, y mucho más horaciano que juvenalesco. La descripción de su granja y de los placeres sencillos que allí esperan al poeta, así como el cuento de los dos ratones, es de Horacio.

Y vaya otra muestra del modo cómo escribían en ciertas materias nuestros satíricos:

Y Crisófilo cauto con la treta
Del volador Simon la mitra agarra
Con que después la indocta frente aprieta,
Para oprimir la Esposa como sierva,
Dándole á César el peculio nuestro,
Que sus ovejas él no las conserva
Sino por el vellon que les trasquila,
Sin zelo de que rumien sal ni yerba.

El marqués de Cerralbo, joven de livianas costumbres, decidido ya á mejorar de vida, escribió á Bartolomé Leonardo su propósito. Lo cual dió motivo al severo censor para enderezarle la epístola

No te pienso pedir que me perdones...

manifestándole algunas dudas sobre la sinceridad de su conversión. Ha sido muy celebrada la fábula *El águila y la golondrina*, aunque prolija y afeada por una impertinente enumeración de todas las aves que el poeta conocía.

Para que no se me pueda hacer un cargo semejante, aligeraré esta noticia de las sátiras y epístolas de Argensola. Dos de ellas versan sobre materias literarias

Yo quiero, mi Fernando, obedecerte...
Don Juan, ya se me ha puesto en el cerbelo...

y son modelos horacianos. Allí compiten la sabiduría de los preceptos, la agudeza de la crítica, y los primores de estilo y lengua. De Horacio está tomada buena parte de la doctrina, pero diestramente rejuvenecida. Lo que sintetiza las teorías literarias del autor son estos dos tercetos:

Por esa docta antigüedad escrita

Deja correr tu ingenio, y sin recelo,
Conforme á tu elección, roba ó imita.
Suelta después al voluntario vuelo
Pomposa vela en golfo tan remoto
Que no descubra sino mar y cielo.

Con esta libertad entendieron el principio de *imitación* casi todos nuestros clásicos. De la amenidad y halago que ponía Argensola en la crítica literaria, dé muestra esta censura del estilo cortado y sentencioso tan de moda en su siglo:

Mas quien al genio floreciente y vago
De Séneca llamó cal sin arena,
No probó los efectos de su halago.
No niego yo que de sentencias llena
La agudeza sin límites congoja,
Y al rigor con que hiere, nos condena:
Como la nube que granizo arroja
Sobre esperanzas rústicas floridas,
Que aquí destronca, y acullá deshoja,
Y al golpe de las récias avenidas
Mira el cultor su industria defraudada,
Que yace entre las ramas esparcidas.

Con esta otra graciosa imagen pinta los efectos de lo que él llama *estilo llano*:

Como en invierno descender la nieve
Tan sosegada vemos, que al sentido
Parece que ni baja ni se mueve;
Pero en valles y montes recibido
De la cándida lluvia el humor lento
Los cubre y fertiliza sin ruido...

Donde más aparece la discordancia de estas epístolas con las que forman el *Ejemplar poético* de Juan de la Cueva, es en lo relativo al teatro. Argensola proclama el rigorismo clásico

Yo aquellas seis ficciones reverencio
(¿Cómo que reverencio? que idolatro)
Que en sus cinco actos desplegó Terencio...

Mas era partidario de la libertad del ingenio, y claro lo prueba en este final de la primera epístola:

Y si algun Aristarco nos acusa,
Sepa que los preceptos no guardados
Cantarán alabanzas á mi Musa.
Que si sube más que ellos ciertos grados
Por obra de una fuga generosa,
Contentos quedarán, y no agraviados.
Así habrás visto alguna Ninfa hermosa
Que desprecia el ornato, ó lo modera
Quizá con negligencia artificiosa...

Con igual juicio satiriza el Rector de Villahermosa los centones de versos latinos, el amoroso discreto de los petrarquistas, y otras enfermedades literarias de entónces. Apenas hay que escoger en estas epístolas: son oro puro y cendrado.

Más breves y de menor importancia me parecen las dos cartas á Fernando de Soria Galvarro, y al príncipe de Esquilache, contestaciones á otras de los mismos que van insertas entre las de nuestro doctor. Ambos poetas pertenecen á su escuela: del segundo hablaré en seguida. El primero, aunque sevillano, llama *maestro suyo* á Argensola, y sigue en aquella pieza, única suya que he leído, el estilo de la escuela aragonesa. Bartolomé le apellida en su contestacion

La esperanza mayor del siglo nuestro...

Fáltame decir algo de los Argensolas como líricos horacianos, género que cultivaron con ménos amor é insistencia que el epistolar y satírico. Dejónos, sin embargo, Lupercio aquella su admirable cancion á *La Esperanza*, muy latina, aunque en estancias largas, y otra de carácter no ménos lírico:

Estas sierras vecinas
De nieve están vestidas
Más que en la Scitia suele estar helada...

Bartolomé Leonardo se acordó de Francisco de la Torre, al escribir las liras

Filis, naturaleza
Pide la ostentacion y los colores...

Del Rector de Villahermosa es tambien una mediana oda moral

Quien vive con prudencia
En el bien y en el mal guarda templanza...

D. Estéban Manuel de Villegas, en quien lucharon siempre las tendencias clásicas con el ingenio desigual, revoltoso y dado á extravagancias, acertó á veces con la lirica antigua, especialmente en la sabida oda *Al Céfitro*, y en otra tambien *sáfico-adónica*, *A la Paloma*, en que los pensamientos son de Anacreonte, aunque la forma es *edílica* ú horaciana. A él se debe la perfeccion del *sáfico*, y el haber fijado sus acentos en cuarta y octava, regla seguida por los líricos posteriores. Entre las *Odas* del primer libro de sus *Eróticas*, haylas muy horacianas en el pensamiento y áun en la concision lírica, pero afeadas siempre con rasgos de pésimo gusto. ¿Quién esperaría leer en una imitacion del *Jam satis terris* estas monstruosidades:

Cuajaba el torbellino
Sierpes de indignacion en ambos senos...
Tanto que allí el Vesubio
Temió sin Pirra universal diluvio.

En las composiciones eróticas anda más feliz Villegas. La oda

Ántes que llegues con tus años, Lida,
Á la vejez cansada...

la que comienza

Aunque enseñada al bárbaro ruido
Del Tánais extranjero...

imitacion del *Extremum Tanaim si biberes*, la dirigida *A Brasilica*, y alguna más, sobrado epicúrea en el pensamiento, merecen ser leídas. La sátira *A la mujer de Eurito* fuera tambien apreciable, si el imitador no hubiese ido en desenvoltura y licencia más allá del texto que remedaba. Pero la más celebrada de esta coleccion de odas ha sido la compuesta en loor de Garcí-Lasso.

Si al apacible viento
Eterno huésped de este prado umbrío...

por más que, á mi juicio, la superen en correccion y gusto la encabezada

Yo pensé, luces bellas,
Llegar con mi esperanza á vuestra cumbre...

y áun alguna otra de las anteriormente nombradas. No sé por qué Villegas, tan entendido en letras clásicas, llama *Elegías* á las trece composiciones en tercetos que forman el libro I de la segunda parte de sus *Eróticas*. Fuera de la 2.ª, 10.ª, 11.ª y 12.ª, las restantes son epístolas y sátiras. Una de ellas,

Así, Bartolomé, cuando camines...

es célebre por sus invectivas á Lope de Vega y Cervantes. Mas no carece de gracia y donosura, ni es para despreciada su doctrina, ni pequeño su interes como documento crítico.

Curiosas me parecen asimismo las restantes, aunque ninguna pueda presentarse como dechado. Grima da ver á Villegas ensalzar en hinchados y retumbantes metros el absurdo *Faetonte* del conde de Villamediana:

Ya suenan por acá los estallidos
De tu precipitado carretero
A numerosos versos reducido...



¿Quién, quién de aquesta bóveda vacía,
Que nos sirve de mitra á los mortales
Hiciera plenitud de melodía...

Pero descansa el ánimo de tales desatinos al oír al poeta najerano repetir, con algunas insufribles afectaciones es verdad, la epístola de Horacio á Lolio sobre Homero, ó narrar discretamente sus amores, ó conversar con su amigo D. Juan en noche de invierno. Se conservan tres sátiras de Villegas no coleccionadas y bastante mejores que estas epístolas. Dos de ellas se estamparon en el tomo II del *Parnaso Español*. Encaminase la primera á censurar el estilo culto, y es la otra un diálogo entre el autor y un amigo consejero, á semejanza de la 1.ª del libro II de Horacio.

En suma, aunque Villegas no debe el alto puesto que en nuestro Parnaso ocupa á sus odas y sátiras, sino á sus cantilenas y anacreónticas, debe figurar honrosamente entre los cultivadores de la lírica horaciana, tiene la gloria de haber perfeccionado la estrofa sáfica, y siguió, aunque con desigual paso, las huellas de los Argensolas en la sátira y en la epístola. Encierran las suyas hartas aberraciones y oscuridades para que no sean leídas ni anden en boca de las gentes; pero estúdielas el curioso, y de fijo hallará algo que le aproveche.

No hemos de negar un recuerdo al príncipe de Esquilache, poeta ménos genial que Villegas, pero más correcto, y discípulo como él de Bartolomé Leonardo de Argensola. Diez son sus *Cartas* en tercetos. En la primera reproduce, con ménos nervio, las diatribas de su maestro contra la vida de la corte. La segunda es *De re litteraria* en su primera parte, y de alabanzas de la vida del campo en la última. Tampoco los argumentos de las demas ofrecen novedad grande ni la ejecución méritos particulares, como no sea una pureza de estilo desusada en su tiempo. Algunas de sus canciones son un tanto horacianas, sobre todo las que empiezan:

Clóris, alegre el año
Rompió á sus dias la prision molesta...
Estas flores, Belisa,
Que advierten su peligro á tu hermosura...

Entrambas pertenecen á la escuela de Francisco de la Torre.

M. MENENDEZ PELAYO.

(Continuará.)

KANT Y LA FILOSOFÍA DEL SIGLO XIX.

(Conclusion.) *

En Alemania, los representantes de las antiguas escuelas intentan rejuvenecer su idealismo, dejando á un lado las teorías arriesgadas de la filosofía de la naturaleza y prestando más atención á la enseñanza de la experiencia. El recuerdo de las temeridades metafísicas de los teóricos del Absoluto está aún demasiado vivo para que sus esfuerzos alcancen de nuevo el favor del público. Los que por profesión ó por gusto ejercitan todavía cierta actividad filosófica, la consagran de mejor grado á las indagaciones de la historia que á las novedades de la teoría.

La atención general se fija por completo en las ciencias de la naturaleza. Los progresos de la química orgánica, de la teoría mecánica de las fuerzas naturales; los de la fisiología y la anatomía comparadas; los maravillosos descubrimientos que el microscopio y el análisis espectral multiplican en el mundo de lo infinitamente pequeño, lo mismo que en el de lo infinitamente grande; el desarrollo de una ciencia nueva, la psicología fisiológica; las inesperadas conquistas de la lingüística y de la filología, excitan y concentran únicamente en las indagaciones de la ciencia la curiosidad, la simpatía y los esfuerzos de las inteligencias.

Los sabios no tienen tiempo de pensar en la filosofía, ó si se ocupan de ella es para adoptar la de los métodos que más se aproximan á los suyos, la que pueden comprender con ménos esfuerzos, y la que, por consiguiente, les distrae lo ménos posible de los trabajos especiales de su profesion.

Por esto el positivismo y el materialismo reclutan sin cesar nuevos partidarios. Los libros de Moleschott y de Büchner acaban de proporcionar á los espíritus ardientes el elemento filosófico que desean, y los de M. Littré á los comedidos.

Replicando á un manifiesto imprudente del fisiólogo Wagner, en la reunion de los naturalistas de Gottingan en 1855, la escuela materialista afirmó atrevidamente sus principios en una serie de folletos, de artículos, destinados á la popularidad. Al apasionado manifiesto de Vogt, *La fe del hombre sencillo y la ciencia*, á las *Cartas fisiológicas* de Moleschott (1852) sucede el libro de Büchner, *Fuerza y materia* (1855), que llega á ser como la Biblia del materialismo, y cuyo éxito atestiguan multiplicadas ediciones y traducciones numerosas.

El genio dogmático de Alemania, al que la experiencia de los excesos y la esterilidad del dogma-

* Véase el número anterior, pág. 33.

tismo idealista no podía impedir que se entregase á un dogmatismo contrario, el del materialismo, acepta los nuevos oráculos con la misma confianza que había demostrado á los antiguos.

La materia es, para los discípulos de Büchner, el principio supremo y último de la realidad; las leyes del mecanismo material bastan para la universal explicacion. La vida, el pensamiento, no son ya más que formas del movimiento, el cual se transforma incesantemente, pero sin dejar de ser el mismo en su cantidad bajo la movilidad de sus modificaciones. Y no se manifiesta ningun escrúpulo en repetir la frase de Broussais: «El pensamiento es una secrecion del cerebro.»

En Francia los positivistas se ven protegidos contra tales excesos por la circunspeccion del genio frances; pero sienten por los problemas extraños á la ciencia y á sus métodos una indiferencia que perjudica á las necesidades de la inteligencia y del corazon. Si abandonan las aventuradas teorías de Augusto Comte sobre la religion y la política, sólo dan satisfaccion, como los materialistas, á las exigencias especiales, á las necesidades restringidas del espíritu científico; como si fuera de las certezas fundadas en el cálculo y la experiencia no hubiese otras, segun dice Pascal, que se apoyan en el corazon y en la conciencia.

En una palabra, ni Büchner ni Littré se preocupan más que Feuerbach ó que Comte de determinar cuál es el papel del espíritu, cuáles sus títulos en el descubrimiento de la verdad científica.

Los materialistas hablan de la materia sin definirla; los positivistas no ven que las ideas de fenómenos y de leyes, como las de materia y de fuerza, son nociones complejas, y que la lógica exige imperiosamente que las hiladas de toda construccion sistemática sean severamente verificadas y resistan la crítica del análisis y de la duda filosófica.

No tardaron en comprenderlo así los espíritus serios cuando las diversas escuelas realistas hubieron hecho triunfar definitivamente la causa que ante todo se trataba de defender, la del método experimental, la del mecanismo físico. Despues que el derecho de la ciencia fué cumplidamente reconocido y el campo de la investigacion científica desembarazado por completo de las hipótesis y de las sutilezas de la imaginacion metafísica, se preguntaba si las doctrinas nuevas daban realmente al espíritu todo lo que le ofrecían, y si la opinion moderna no se exponía á pagar las conquistas de la filosofía realista con la pérdida de los bienes no ménos preciosos que el antiguo idealismo le aseguraba.

Un talento distinguido se hizo en Francia el intérprete de aquella disposicion de las inteligencias: el filósofo de Montpellier, Carlos Renouvier, que debutó con el estudio de las ciencias matemáticas

y la del cartesianismo. En esta doble escuela aprendió bien pronto á separar la verdad que explica el éxito del materialismo y del positivismo, del error en que se revela su insuficiencia. Ni una cosa ni otra le parecían más que inevitables reivindicaciones de los derechos desconocidos de la ciencia, y vió sin pesar que ninguna de las dos sabían hallar en el espíritu el principio supremo de que la ciencia se deriva. Se distinguen en hacer resaltar, una los límites del conocimiento humano, y la otra la dependencia en que el mecanismo universal coloca al hombre respecto á la naturaleza; pero sólo justifican la primera mitad de la frase de Pascal: «Si el hombre se eleva, yo le hago descender; si se humilla, yo le elevo.» La inteligencia de Renouvier y su conciencia de moralista buscaron, sin vacilar, en la enseñanza de Kant la doble satisfaccion que reclamaban; y, por primera vez acaso en Francia, la filosofía crítica encontró un intérprete celoso y capaz de comprenderla.

No hacemos aquí mas que comentar los elocuentes y profundos juicios que uno de los maestros de la filosofía universitaria, M. Ravaisson, formuló en 1867 en su notable memoria sobre el *Estado de la Filosofía en Francia*.

Al mismo tiempo que la filosofía de Kant inspiraba las críticas dirigidas por la pequeña, pero animosa escuela de Renouvier contra el realismo intemperante de los positivistas y los materialistas, tampoco era extraña á las tentativas igualmente notables que, bajo distintas banderas, hacían Vacherot, Renan y Pablo Janet contra el comun enemigo. Pero acaso se crea que lo que falta á estas refutaciones, lo que ha hecho incierto el éxito, es que el espíritu de Kant no se reflejó en ellas mas que de un modo incompleto. Aunque así sea, los principios de Kant son los opuestos victoriosamente á los principios realistas en los libros de esos nuevos intérpretes, más ó ménos fieles, más ó ménos conscientes, de la filosofía crítica.

Por otra parte, los mismos positivistas y materialistas empiezan á sentir y reconocer la insuficiencia de sus propios principios. Stuart Mill llega, por el análisis del conocimiento y discutiendo las teorías lógicas de Hamilton, á formular proposiciones que el positivismo de su escuela desaprueba expresamente y que se separan bien poco del idealismo kantiano. Sostiene que la idea de la materia no es más que la idea de una posibilidad de sensaciones, ó que la idea de espacio no es en el fondo más que una idea de tiempo. Y Bain no vacila en unirse á él para combatir sobre este punto el realismo intratable de Spencer.

A estas declaraciones que el progreso de la reflexion arranca á los más ilustres positivistas, responden en Alemania las protestas que el materia-

lismo insolente de Büchner provoca en las filas de los mismos materialistas. No conocemos nada más instructivo, bajo el punto de vista de la cuestión que nos ocupa, que el espectáculo de dos hombres eminentes por su talento y erudición, Czolbe y Verberweg, á quienes la reacción general de su tiempo contra el abuso de las abstracciones había ido alejando del idealismo hasta arrojarlos en brazos del más decidido materialismo, pero á los que el análisis de las leyes del conocimiento condujo gradualmente á una especie de idealismo crítico, mostrándoles la imposibilidad de explicar el pensamiento por el movimiento.

No ofreceríamos, sin embargo, más que un bosquejo incompleto de la profunda reacción que, de 1855 á 1865, siguió á las exageraciones de las escuelas realistas, y que recuerda en sentido contrario la que anteriormente habían producido los excesos del idealismo, si olvidáramos describir la nueva actitud de los mismos sabios. En Francia, Claudio Bernard en su bella *introducción al estudio de la medicina experimental* y Berthelot en una célebre carta que dirigió á Renan; en Inglaterra, el físico Tyndall y el naturalista Wallace; y en Alemania, el fisiólogo Helmholtz y el astrónomo Zödaer, rechazan con ostentosa unanimidad las pretensiones dogmáticas del materialismo contemporáneo, sin conformarse tampoco con las reservas escépticas del positivismo. La opinión de todos esos hombres consagrados á la ciencia, es que el espíritu tiene otras exigencias que las que satisface la ciencia física, y que la materia ni da cuenta del pensamiento ni la puede dar de sí misma. Y, sin embargo, la ciencia acababa de confirmar de un modo brillante, con inesperadas conquistas, la autoridad de sus métodos. Los trabajos de la escuela de Darwin parecían demostrar que todo puede explicarse mecánicamente, es decir, por la sola virtud de las fuerzas naturales y sin intervención de ninguna potencia directora, y que tanto la evolución de las especies vivientes como la transformación progresiva de las fuerzas físicas, se debe exclusivamente á la acción de un mecanismo universal. La gran fase de Descartes parecía estar definitivamente justificada: «La naturaleza es un vasto mecanismo; la ciencia una matemática universal.»

Pero los sabios cuyos nombres acabamos de citar vuelven en cierto modo á la doctrina de Kant, que no hace más que profundizar y extender la de Descartes, de que si la ciencia experimental, la ciencia de la naturaleza no es posible sino á condición de que se sometan los fenómenos á las leyes de la necesidad mecánica, el espíritu, en su libertad, es superior á esas leyes, y sus fines son distintos y más elevados que los de la naturaleza. Y esta es la enseñanza común de todas las filoso-

fías verdaderamente dignas de tal nombre. Kant, á nuestros ojos, no aventaja á Descartes ó Leibnitz más que en haber venido después y haber podido contar para su obra con el caudal de verdades que le habían legado aquellos grandes pensadores.

En la época á que hemos llegado, después que el idealismo y el realismo, ó la metafísica y la ciencia, han pasado los dos primeros tercios del siglo entre impotentes pretensiones y apasionadas luchas, justificando las palabras de Schiller de: «¡Filósofos y sabios, que la discordia reine entre vosotros! El día de vuestra conformidad aún no ha llegado. Dividiendo vuestros esfuerzos en el estudio es como llegareis á descubrir la verdad,» parece que el período final debe ser el de la reconciliación y que se halla en vísperas de firmarse un tratado de paz, sobre la base de los principios formulados por la filosofía crítica.

El que á nuestro juicio ha tenido la convicción más profunda de que había llegado el momento de la unión, es el filósofo alemán Lange, en su notable *Historia del materialismo*, cuya primera edición es de 1866 y la segunda de 1874. Como Kant, da su parte respectiva á la metafísica y á la ciencia, al espíritu y á la materia, á la poesía y á la realidad, al sentimiento y á la demostración.

Lejos de ver un peligro para su idealismo en el progreso de los estudios físicos, los considera provechosos; celebra resueltamente sus más recientes descubrimientos, sus resultados más alarmantes para un espiritualismo tímido; y demuestra elocuentemente que las conquistas de la ciencia no son, después de todo, más que el instrumento necesario para la realización de los fines superiores del espíritu.

Dos años más tarde, un filósofo francés intentaba demostrar en una ingeniosa Memoria sobre el *Estado de la filosofía en Francia*, que el movimiento de la filosofía y de la ciencia francesas en el siglo XIX no es más que una sorda evolución hacia el advenimiento de un espiritualismo más profundo y más extenso.

El idealismo de Berkeley, ¿no ofrece con frecuencia el carácter del idealismo de Kant?

Desde hace diez años parece que la crítica de Kant ha llegado á ser el estudio constante y común de las inteligencias filosóficas.

Uno de los maestros de la ciencia alemana, el fisiólogo Wundt, ¿no acaba de proclamar solemnemente en Zurich y en Leipzig que Kant es incontestablemente entre los filósofos modernos el que ha ejercido en las ciencias particulares, y sobre todo en la ciencia de la naturaleza, la influencia más duradera y profunda? Dubois-Reymond, Max-Müller, Helmholtz, se complacen en hacer iguales declaraciones.

Por todas partes se emprende en Alemania el estudio de la filosofía crítica. Una infinidad de sabios y de pacientes intérpretes se dedican á poner en claro el verdadero sentido de las doctrinas críticas, á explicarlas, á justificarlas por los recientes descubrimientos de las ciencias. Unos analizan los principios de su mecanismo conciliándolos fácilmente con las últimas teorías de la física moderna. Otros establecen que su teología no contraría en nada á las concepciones esenciales de la doctrina de la evolución, y que Haeckel ha hecho mal en colocar á Kant entre los adversarios del darwinismo. Se intenta probar que su psicología supera en muchos puntos, sin contradecir en ninguno de una manera irremediable, las nuevas enseñanzas de la psicología fisiológica.

La historia del desarrollo histórico de su doctrina no es objeto de trabajos menos interesantes. Se procura determinar con exactitud la parte que corresponde á las filosofías anteriores ó contemporáneas en la formación de su propia doctrina; descartando cuidadosamente la influencia que su educación pietista, su admiración por Rousseau, el estudio de las ciencias y la lectura de Newton ejercieron en la dirección de sus ideas.

En Inglaterra, un fisiólogo y psicólogo eminente, Jorge Lewes, tanto en su *Historia de la filosofía*, como en una reciente obra sobre los *Problemas de la vida y del espíritu*, concede una atención especial y un valor extraordinario á las teorías de Kant sobre el conocimiento. Y el mismo Spencer, que pretende refutar con la doctrina empírica de la evolución las ideas *à priori* de Kant, se aproxima singularmente al filósofo á quien cree combatir por su teoría de lo desconocido, y como él distingue el mundo de los *fenómenos* y el de los *números*.

Este marcado interés por la filosofía crítica se ha comunicado á la mayor parte de los pensadores franceses. Al mismo tiempo que la pequeña escuela de M. Renouvier prosigue su oscura, pero eficaz propaganda, la filosofía de Kant se esparce gradualmente y tiende á predominar en la enseñanza pública. Ya no se le hace responsable de los errores de sus primeros intérpretes. Obtiene la misma imparcialidad respetuosa y simpática que se concede á las concepciones veneradas de la sabiduría antigua. Se considera á Kant como un clásico, lo mismo que á Aristóteles ó Platon. El estudio directo y profundo del texto de Kant ha sido durante muchos años objeto de la enseñanza filosófica en la Sorbona, sin que las dificultades de la interpretación, la extravagancia y la sutileza de las doctrinas, hayan quitado nada al celo del comentador ni á la benévola atención del auditorio. Al mismo tiempo, en la escuela normal, un filósofo distinguido aclaraba las oscuridades demasiado frecuentes de la obra de

Kant, demostrando que la filosofía francesa no está condenada, como en el extranjero se cree y como nuestra pereza ó nuestra indiferencia da motivos para suponer, á entretenerse en la superficie de los problemas y á posponer la lucidez á la trivialidad.

Al considerar fundada en la interpretación de Kant la revolución filosófica de estos últimos treinta años, únicamente tratamos de determinar la dirección general, más ó menos disimulada por el complicado detalle de los movimientos aparentes, que ha seguido la actividad filosófica de la opinión contemporánea.

Y no se crea que esta vuelta á la doctrina crítica sea un movimiento retrógrado. No es solamente una obra de reconstrucción histórica que se realiza por el múltiple trabajo de diferentes capacidades: el progreso entonces sería ficticio. Del mismo modo que las concepciones idealistas de Kant resucitan profundizadas, engrandecidas, notablemente enriquecidas en la obra de sus primeros intérpretes, así en los modernos los principios de su mecanismo han obtenido confirmaciones ó correcciones inesperadas. Han aprovechado los progresos realizados por las ciencias positivas, utilizando lo mismo las teorías de Mayer ó de Grove que las de Darwin ó de Haeckel; tanto los análisis de la fisiología psicológica, como los trabajos de la antropología. De esta suerte, todas las ciencias vienen, como afluentes inesperados, á engrosar la corriente de la filosofía crítica, y los esfuerzos de los más diferentes talentos se dirigen hoy á vulgarizarla, á facilitar su estudio.

Esta rara fortuna de ser invocado por las más distintas inteligencias, la debe Kant, no vacilamos en decirlo, á riesgo de emitir una paradoja, á que es, más que ningún otro, un genio cosmopolita. Lo que hay en él de más alemán son sus hábitos y sus defectos de escritor; su lenguaje oscuro y complicado; su afición completamente escolástica al formalismo abstracto de las divisiones y de las clasificaciones artificiales. Pero por su profundo respeto á Descartes; su decidido gusto por nuestros escritores, y especialmente por Rousseau; su viva simpatía por los principios de la revolución francesa, y más todavía acaso por su mesurado carácter, enemigo de quimeras metafísicas, se halla más cerca de nosotros que ningún genio extranjero.

La Inglaterra á su vez también puede considerar como suyo á quien tanto debe al estudio de sus físicos y sus filósofos; á quien sólo David Hume sacó del sueño dogmático en que enervaba su inteligencia; á quien por la firmeza de su sentido práctico, la elevación moral de su carácter, y su inflexible separación del dominio de la creencia y el científico, responde mejor á las disposiciones tradicionales del genio inglés, que casi siempre se muestra resuelto

á no dejar que las novedades temerarias de la ciencia penetren en el dominio sagrado é inviolable de la conciencia. Enrique Heine ha podido decir que el panteísmo es la religion latente de Alemania. Pero Kant es uno de los pocos pensadores de su país á quien un grano de buen sentido francés y casi volteriano (como atestigua un curioso folleto sobre las visiones de los alucinados comparadas con las de los metafísicos), y la influencia del espíritu práctico y experimental de los ingleses, han protegido contra las ilusiones de la teosofía é impedido extrañarse en las teorías sin freno del panteísmo.

En este supuesto, podemos estudiarle sin temer nada por nuestro espíritu francés, cuyas cualidades nativas son, como decía muy bien uno de los maestros de la juventud, «un patrimonio de la nacion,» y sin comprometer nuestro buen sentido ni nuestra natural predileccion por la claridad.

D. NOLEN.

LA POPULARIDAD DE LA HIGIENE.

Si á toda hora excita nuestra habitual curiosidad todo acontecimiento político y social, siquiera ofrezca proporciones exiguas en la tumultuosa vida de los pueblos, ¿cuánto más no debiera dirigirse nuestra infatigable ánsia de novedades hácia otros horizontes donde tienen lugar tranquilos sucesos y en cuyo sereno cielo no se fraguan amenazadoras tempestades? No es mil veces más placentera la contemplacion de los dulces encantos que la Naturaleza nos ofrece, cual floridísimo jardin por cuidadosa mano cultivado, y donde multitud de vistosas flores nos recrean con sus innumerables matices, al par que embalsaman de aroma deleitoso el ambiente puro que las rodea? Nadie podrá poner en duda que el estudio de la naturaleza puede conducirnos al conocimiento de la conservacion de la vida. La idea de prolongar la existencia es innata en el hombre, por más que en el camino del mundo se hallen más espinas que flores; pero el hombre no procura adquirir el necesario caudal de ideas que puede proporcionarle los medios de alcanzar el ideal de sus placenteros y dulcísimos ensueños. Abramos el libro de la historia donde se hallan las huellas de pasadas generaciones, y veremos las elocuentes máximas del gran legislador del pueblo hebreo, que armonizando la religion con la higiene, consigna importantes preceptos que sirvan de norma para la conservacion de la vida en su estado de lozanía y perfeccion.

Las ideas de los filósofos griegos fueron abriendo más tarde extensos horizontes á la ciencia; las

costumbres del pueblo romano, de memoria impecederá; las preciosas máximas que vinieron en pos del cristianismo; el cúmulo de consejos de los médicos árabes; el benéfico fulgor de la época del Renacimiento, y los multiplicados descubrimientos de los posteriores siglos, hasta llegar á nuestros dias, por todas partes hallamos monumentos que á toda hora confirmen el sin igual valor dado al conocimiento de los medios de conservar la salud.

Efectivamente, el aire que respiramos, y que en forma de huracanes arrolla los edificios, ó cua suavísimo céfiro riza la superficie de las aguas; los alimentos que encienden en nuestra organizacion la hoguera de la vida; los vestidos que cubren nuestro cuerpo, y los pensamientos que agitan nuestro espíritu, han de organizarse sujetándose á las reglas de la ciencia, á las que no debiera ser extraño nadie que se juzge digno de vivir y disfrutar de la armonía social.

El aire, flúido en el que nos hallamos sumergidos, consta principalmente de dos sustancias: una que representa la vida, llamada oxígeno; otra que apaga y regulariza admirablemente sus efectos, llamada nitrógeno; ambas en cantidades fijas. Además hay agua en vapor, ácido carbónico y sustancias orgánicas, pero esto en variables y accidentales proporciones. Todo aquello que tienda á disminuir el elemento de vida (oxígeno), es un enemigo al que hay que combatir enérgicamente, porque se halla en oposicion con la imperiosa necesidad de nuestra sangre, que de una manera despótica exige á los pulmones un aire vivificante y puro.

Por eso las flores, que nos encantan en el campo, son mortífero veneno al lado de nuestro lecho colocadas; el fuego del carbon, que nos da el calor que el crudo ambiente nos niega, exhala un gas que no tarda en producir gravísimo perjuicio encerrado en nuestro gabinete; la reunion de multitud de personas que á un espectáculo concurren, juntamente con las luces que iluminan la estancia, es tambien otro enemigo de nuestra salud, y más ó ménos pronto contribuye á producir en ella efectos perniciosísimos, y lo es tambien la proximidad á sitios pantanosos, y la de algunas fábricas que, si bien son elemento poderoso de la vida social, corazones de la industria que maravilla con sus progresos, lanzan á la atmósfera vapores que ofrecen riesgo gravísimo cuando se aspiran.

Ofrécenos la historia, en sus instructivas páginas, el caso de haber sido en la India inglesa encerrados 146 prisioneros de guerra en oscuro y pequeñísimo calabozo, de 20 piés cuadrados, donde el benéfico aire llegaba á los abrasados pechos de aquellos infelices por dos diminutas ventanas abiertas en galería estrecha. No tardaron en experimentar ardorosa sed y fatiga extraordinaria, y despues de

algunas horas de terrible lucha, desesperado combate para procurarse por todo medio aire con que respirar, como fué el despojarse de sus vestiduras, arrodillarse todos y simultáneamente levantarse trascurridos instantes breves, etc., vieron sus verdugos, cuando las puertas de la prision se abrieron, que habian convertido el calabozo en tumba de casi todos aquellos desgraciados.

Mas no es solamente peligroso el aire por la desproporcion en que sus componentes se hallen, sino que ejerce notabilísima influencia en la salud la presión á que se encuentra sometido, ó lo que es lo mismo, la altura á que nos encontramos. En las orillas del mar no se respira igual cantidad de aire que en las nevadas cimas de los Andes, gigantes coronas de la meridional América. El mareo llamado de las montañas, y otros varios efectos de más consideracion, son resultado de la diversa presión del aire.

Los alimentos que nos dan la vida pueden ser causa de profundas alteraciones en la salud y á veces de la muerte. Los cambios ó modificaciones químicas que experimentan las sustancias alimenticias por la accion de la temperatura, del aire y de la humedad, así como de las vasijas en que se preparan ó colocan, son otros tantos enemigos que, ocultos en ocasiones bajo espesa y negra sombra, nos hieren traidoramente. Necesario es que conozcamos los perjuicios de la conservacion ó preparacion de viandas determinadas en vasijas de cobre ó de laton, ó de barro barnizadas con un mineral de plomo, ó sustancias, en fin, como algunos vegetales que, parecidos á los que sirven de alimento, son el puñal que traidoramente penetra en nuestras entrañas. Así es que las ideas suministradas por las ciencias naturales y físicas son indispensables para el cuidado de nuestra vida, sin que podamos dispensarnos de cumplir sus rigurosos y benéficos preceptos.

Y si ya no es el acaso, sino la perversion ó mala fe las que intervienen en las condiciones funestas del alimento, debemos redoblar los medios preventivos para evitar la consumacion del crimen, que de tal debe calificarse una sofisticacion cuyos resultados pueden ser tan desastrosos. La imitacion del sabor, color y peso de los alimentos de primera necesidad, la introduccion en ellos de extraños cuerpos, es más frecuente de lo que parece, en perjuicio notabilísimo de la salud pública. Así es que el estudio de los medios que la ciencia química nos proporciona para reconocer esas sustancias alteradas ó adulteradas, es indispensable. ¡Llor á la ciencia de Lavoisier y de Berzelius, que tantos y tan grandes servicios presta á la sociedad, contribuyendo á la investigacion de los delitos, al par que nos suministra heróicos remedios con que combatir nuestras dolencias!

Todos los alimentos de más uso, sometidos á la inspeccion química, nos revelan inmediatamente si la mano del adulterador ha osado llegar hasta ellos.

El estudio de los vestidos ofrece tambien particularidades dignas de consideracion por parte del que desea estar conforme con los preceptos de la ciencia. La moda, que no tan sólo se halla muchas veces reñida con las leyes generales del buen gusto, sino tambien, y esto es lo más sensible, con las ideas científicas, impone su tiránico yugo, mil veces más despótico que las más inexorables leyes, yugo que establece por castigo el ridículo, arma punzante y venenosa cuya sola idea nos llena de espanto. Fijémonos en las voces de la ciencia; desoigamos los clamores gárrulos de la muchedumbre indocta, y tengamos el valor suficiente para arrostrar la contrariedad de la opinion general, si esta, por acaso, se encuentra extraviada.

Por último, se ocupa la higiene hasta de nuestros pensamientos. Conoce el humano corazon y sigue sus inclinaciones para aspirar el suavísimo aroma de sus dulzuras y dichas, ó para llorar con él sus aciagas desventuras. Las pasiones se apoderan muchas veces hasta de la voluntad, conduciendo al precipicio del crimen y á enfermedades físicas y morales, para las que da remedio la higiene, atravesándose en la vertiginosa carrera del que marcha impelido por tan terrible influencia. Puede asegurarse muy bien que las pasiones á si propias abandonadas, rara vez ó nunca terminan por curacion verdadera.

Al individuo en primer lugar, y á los gobiernos despues, toca impedir los efectos horribles del desbordamiento de las pasiones, para no ver poblarse los manicomios de desgraciados, ó aumentada de una manera aterradora la criminal estadística. Por eso deben remediarse esos grandes dolores morales, perseverantes y concentrados, que allá en el fondo del alma son torcedor incansable, tormento eterno que sin cesar destruye la existencia, para impedir á todo trance que el desesperado busque el remedio en el suicidio ó el crimen.

Las diversas pasiones, al nacer deben ser combatidas, al comenzar deben ser heroicamente remediadas. De otra suerte, es de todo punto imposible atajar sus consecuencias, como lo es impedir al torrente que loco se precipite y confunda cuanto á su paso devastador encuentra. Así lo ha demostrado el célebre Descuret en su notabilísima obra titulada *Medicina de las pasiones*.

La lectura deleitosa y amena que recrea el ánimo sin molestar la inteligencia, conduciendo por hermosos senderos donde se vea siempre clarísimo cielo sin nubes; la novela moral é instructiva en cuyo argumento no haya episodios que desgarran el corazon, sino que á la par del interés de la fábula

sepa mantener la serenidad en el ánimo del lector, es un medio muy adecuado, juntamente con el buen ejemplo y la emulación del hombre virtuoso y probo para combatir esa desdichada enfermedad.

Tales son, pues, las principales ideas sobre que versa la higiene, ideas que no hemos hecho más que enunciar; pero es suficiente para dejar entrever el inmenso interés que encierran, y los sublimes servicios que en la vida social proporcionan. Ya los examinaremos en sucesivos artículos.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

UN DRAMA EN LA MARTINICA.

I.

Una mañana del año 1831, poco después de la salida del sol, entraba un joven á caballo en San Pedro de la Martinica, acompañado por un negro que á pié seguía la lenta marcha del cuadrúpedo.

El jinete se llamaba Armando de Puisgourdain; y el negro, que era su criado, Narciso.

Armando pertenecía á una de las más antiguas y ricas familias de la colonia; pero aunque había nacido en la Martinica, podía pasar por extranjero en su país.

Siendo muy niño aún, le habían mandado á Francia para que allí se educase, y en la época en que comienza nuestra historia, sólo hacía tres semanas que había vuelto á pisar el suelo patrio.

En este corto tiempo, sin embargo, pudo convenirse de que estaba en lucha abierta con las opiniones y los hechos de sus compatriotas.

Su orgullo se hallaba comprometido en la lucha, y aceptó por el pronto el aislamiento en que le dejaban, con amarga y desdeñosa resignación. Mas después, poco á poco, había llegado á serle muy dolorosa la soledad, y experimentaba crueles sufrimientos.

Vivía fuera de la ciudad, en una casa que su padre tenía en los alrededores, acompañado únicamente de Narciso.

La mañana á que nos referimos, había recorrido el camino desde su casa á la ciudad más silencioso y sombrío que de ordinario.

Al llegar á un sitio en que el camino formaba un ángulo cuyo vértice era el pico de una roca de inmensa elevación, se detuvo un instante á contemplar la extensa llanura del Océano que se presentaba á su vista tranquilo como un lago.

De repente, alucinado sin duda por la idea de poner fin con el suicidio á sus pesares, hizo avanzar al caballo hasta el matorral que coronaba la roca, ocultando traidoramente la profundidad del abismo,

y le dejó sentir el acicate. Pero el noble animal lanzó un relincho y dió un bote girando sobre el cuarto trasero.

Al movimiento del caballo, siguió un grito de terror. Fué de Narciso, que, veloz como un rayo, se arrojó sobre aquél, y le asió con mano fuerte de la brida.

—Vamos,—murmuró Armando en voz tan baja que el negro no le oyó;—no quiere Dios que muera tan pronto. ¡Tendré quizás algún deber que cumplir, alguna obra difícil que llevar á cabo!

Y dirigiendo después una fría mirada á su criado, emprendió de nuevo la marcha.

Dentro ya de la ciudad, al atravesar sus calles, tuvo una nueva ocasión de observar la poca simpatía que encontraba entre los hombres de su clase y su color.

Unos volvían la cabeza, fingiendo no haberle visto.

Otros contestaban friamente á su saludo.

Los más descarados y atrevidos le miraban con fijeza pareciendo querer desafiarle, y pronunciaban á su paso el nombre de *mulato*, con que injuriosamente habían dado en designarle.

Apénas dos ó tres amigos, obligados por la consideración de que gozaba su padre, se dignaban alargarle la punta de los dedos. Y aún esto lo hacían como avergozados.

Tranquilo en la apariencia, y con la sonrisa en los labios, pero lleno de indignación y rabia, atravesó Armando por en medio de aquella gente, al paso de su cabalgadura.

Sin afectar desafiarla, dejaba ver claramente que hacía tan poco caso de la indiferencia de los unos como de las provocaciones de los otros, y que despreciaba los sarcasmos de que era objeto.

En cambio, por la gente de color era tratado con el mayor respeto y las más afectuosas consideraciones.

A su paso, todos los sombreros se inclinaban, y sólo llegaban á su oído frases de elogio y gratitud, como un incienso popular.

Pero el joven Puisgourdain no había pensado jamás hacerse jefe de partido, ni había buscado aquella popularidad; y como no fundaba en ella ninguna esperanza, acogía las demostraciones de afecto, con política, mas no con entusiasmo. Más diremos: Armando fluctuaba entre el agradecimiento y el desprecio hacía aquella parte de la población que hacía de él un dios.

Porque esa misma clase tenía también sus excepciones. Y en esto puede verse una extraña anomalía que revela la influencia de las preocupaciones y la brutalidad irreflexiva de las pasiones, en un país donde es preciso que todo, como el sol, queme y consuma.

Aquella poblacion, en honor de la cual había recaído sobre Armando la cólera de la raza blanca, había tomado por su cuenta, en sus canciones y en sus sátiras, á una jóven de color, causa primera de aquella lucha de un criollo contra su casta.

Las imprecaciones que lanzaban los blancos en su odio contra Armando, las devolvían los negros contra aquella mujer.

Este es un rasgo característico de la sociedad colonial.

Durante su estancia en Paris, Armando de Puisgourdain había encontrado algunas veces en distintas casas á dos jóvenes de la misma edad, cuya belleza había oído siempre ponderar en las círculos que frecuentaba.

Estas dos jóvenes, de las que se disputaban una palabra, una mirada ó una sonrisa, eran en aquella época dos educandas, pensionistas del mismo convento, que se recreaban en los bailes los dias de libertad, como dos pájaros escapados de sus jaulas. Estaban íntimamente unidas, y parecían inseparables.

Cuando Armando preguntó sus nombres, le dijeron que la más alta y más bella de las dos se llamaba Trinidad Fournier, y la otra Cristina Rabilhac.

Estos nombres eran completamente desconocidos para Armando; pero el jóven atribuyó su ignorancia respecto á las familias de sus lindas compatriotas á su larga ausencia del país natal. Había salido de la Martinica á la edad de siete años, y contaba entonces veinticinco. Antes de volver al hogar paterno, se dedicó á viajar, y no había vuelto á ver á las dos jóvenes, una de las cuales, preciso es confesarlo, había dejado huella en su corazón. Era Cristina, cuyo carácter ligero y animado tenía un encanto irresistible.

Trinidad, más seria y reflexiva, tenía algo de fatal en su semblante; tanta gracia como su compañera, pero menos atractivos; y más belleza, pero menos expresion.

Cristina seducía á primera vista. Trinidad parecía nacida para una de esas pasiones en las que el hombre se expone á perder el reposo y la vida.

Al cabo de tres años de viajes, volvió Armando á la Martinica; y una semana despues de su regreso, asistía en San Pedro á un baile que daba el comandante militar de la colonia.

Al entrar en el salon, recorrió rápidamente con la vista el círculo que formaba el bello sexo, y fué á detener su mirada en un extremo, donde, encantado y complacido, apercibió el alegre y fresco rostro de Cristina Rabilhac.

Corrió hácia ella presuroso, manifestando una satisfaccion que le valió la más cordial acogida, un amistoso apretón de manos y la primera contradanza.

—¿Y vuestra amiga Trinidad Fournier?—le preguntó en seguida.—¿No está aquí?

La señorita Rabilhac enrojoció súbitamente, y con voz alterada por la emocion, dijo tan sólo:

—No, señor.

Armando se abstuvo de preguntar más. Porque la emocion de Cristina y un imperceptible estremecimiento de cólera que había notado en ella, le hacían comprender que había algun misterio. No podía suponer que hubiera excitado los celos de la jóven, y dejó para más tarde el averiguar la verdadera causa de la impresion que había causado en Cristina el nombre de su antigua é inseparable amiga Trinidad.

Al abandonar el baile, recibió una invitacion del Sr. Rabilhac para una comida que tendría lugar en su casa cuatro dias despues. Y este honor lo debió sin duda á Cristina; porque entre sus padres, por las circunstancias especiales de uno y otro, no existían las menores relaciones.

El Sr. de Puisgourdain, antiguo procurador general, pertenecía á una familia de rancios pergaminos que se había establecido en la Martinica poco despues de la fundacion de la colonia. En su doble condicion de noble y criollo, era de un estremado orgullo respecto á su rango, y difícilmente transigia con quien no fuese criollo y noble desde dos generaciones por lo ménos.

Rabilhac, el padre de Cristina, no se encontraba en ninguna de las dos categorías exigidas por el Sr. de Puisgourdain. Había llegado á la Martinica, hacía veinte años, formando parte de la tripulacion de un brick procedente de Marsella; y abandonando la vida marítima, se estableció en el país poniendo una tienda de comestibles. Trabajador, económico y hábil, no tardó en ver, como la mayor parte de los provenzales establecidos en las colonias, que su fortuna aumentaba considerablemente, y de tendero que era se elevó en poco tiempo á negociante en grande escala. Pero su origen pesaba siempre sobre él, y á pesar de su gran fortuna, rápidamente adquirida, no había podido hacerse lugar en la sociedad colonial, tan orgullosa y severa respecto á los antecedentes. Pertenecía á la clase que allí llaman *blanquillos*, que es un término medio entre la raza negra y de color y la blanca nacida en el mismo suelo. Y si al ménos, siendo rico, hubiera procurado entrar en alguna familia criolla arruinada, por medio de un casamiento, tal vez hubiese logrado vencer la repugnancia de las gentes que le rechazaban. Pero se había unido, á poco de establecerse, con la hija de otro tendero provenzal, y tuvo que resignarse. Andando el tiempo, llegó á fundar alguna esperanza de llenar el vacío que hallaba en su posicion, en su hija Cristina, que había nacido criolla, tenía en perspectiva una fortuna considerable, y

había recibido en Francia una completa educación. Y efectivamente, cuando Cristina volvió de París, como por encanto se cambió en dulce lisonja para el antiguo tendero la reprobación que hasta entonces había encontrado en la sociedad colonial.

La bella joven introdujo á su padre en la buena sociedad, en la que Rabilhac llegó á ser tan atendido como el mismo Puisgourdain. Y finalmente, el provenzal puso colmo á sus esperanzas, pensando en casar á su hija, con Armando, cuya familia era aún rica, y, sobre todo, ocupaba un elevado rango en el país.

Hé aquí por qué Rabilhac había convidado á comer á los señores de Puisgourdain.

La invitación hecha en pleno baile, delante de cien personas, fué inmediatamente interpretada; y la noticia de un próximo casamiento entre Cristina y Armando se esparció por la ciudad con la rapidez del relámpago.

Dos horas después, todo el mundo lo sabía, y hasta en el último rincón se hablaba de ello.

Al día siguiente atravesaba Armando á caballo una calle del barrio de San Pedro, con dirección á la orrilla del mar, que era su paseo favorito. Las evoluciones de su corcel y el ruido que producían las herraduras sobre el pavimento, hacían asomarse á las ventanas á muchas curiosas.

Al llegar al extremo de la calle de la *Consolación*, calle de poco tránsito, por la cual no había pasado hasta entonces, distinguió á través de las persianas, en el primer piso de una casa en que al azar fijó su vista, el bello rostro de una joven que, al aperebirle, se retiró súbitamente.

Armando experimentó una extraña sensación. Detuvo al caballo en la puerta de aquella casa y entró en ella.

Una vieja, negra, salió á recibirle, y nuestro joven se apresuró á exclamar:

—Decid al Sr. de Fournier que Armando de Puisgourdain desea hablarle.

La negra abrió desmesuradamente los ojos, y una sonrisa de estupefacción asomó á sus labios.

—¿No está?—prosiguió Armando;—pues anunciadme á la señora.

La vieja volvió á abrir los ojos asombrada; pero esta vez respondió.

—Amo mío, aquí no hay señor ni señora de Fournier.

—¿Que no? Pues bien, rogado á la señorita Trinidad que me dispense el honor de recibirme,—repuso Armando, en cuyo espíritu habían despertado cierta alarma las palabras y los gestos de la negra.

—Héme aquí, caballero,—exclamó una voz que revelaba emoción.

Y Armando vió salir á su encuentro, pálida, temblorosa y con el semblante cubierto de lágrimas, á

la encantadora joven que había conocido en los bailes de París.

A una seña de Trinidad, la vieja los dejó solos.

Puisgourdain, sin decir palabra, siguió á su triste amiga hasta el salón.

II.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Armando examinó atentamente á la joven, confirmando este exámen en las sospechas que le habían ocurrido. La tez de Trinidad tenía algo de mulata, color que había desaparecido durante su permanencia en Francia, pero que bajo el ardiente sol de las Antillas había vuelto á su primitivo estado. Además, otros signos no menos característicos revelaban de una manera evidente el origen de Trinidad; por cuyo motivo se la conocía desde que nació, con el sobrenombre de mulata, á pesar de estar en contradicción con su color y sus facciones.

Armando quedó sorprendido, sin poder explicarse la emoción que había experimentado Trinidad, las lágrimas que derramó al verle y el embarazo que le causaba su presencia. Esto no obstante, ella fué la que rompió el silencio, diciendo:

—Ya sabía que estabais en la Martinica, caballero.

—Pues yo ignoraba que tendría la dicha de encontraros, señorita; pues si hubiera sabido que viviais aquí, podréis creer que ya hubiese tenido el gusto de venir á ofreceros mis respetos.

—Hé ahí un lenguaje,—exclamó Trinidad tendiéndole la mano y sonriendo con tristeza,—que no esperaba oír en boca de un blanco, y por el cual os doy sinceramente las gracias de todo corazón.

—¿Qué os asombra? ¿No estais acostumbrada?...

—¿A que me escuchen y me respeten? No, caballero. Las palabras de mi negra Nanette os habrán dado á entender que yo no soy una mujer como las demás. Mi madre murió al darme á luz, y nunca he conocido á mi padre, aunque vive; el nombre que llevo no es el suyo ni el mío, es un nombre que he tomado. Aquí no me llamo la señorita Fournier, sino simplemente Trinidad la mulata. ¿Vos no habeis vivido bastante tiempo en este país para saber lo que significa este epíteto, pero yo, que desde hace seis semanas estoy sufriendo los mayores tormentos, sé ya muy bien lo que significa el nombre de mulata! Este nombre significa, caballero, que todos los blancos tienen derecho á despreciarme, y si entra alguno en mi casa es para insultarme. Significa que si me encuentro en la calle á alguna mujer blanca me mira de pies á cabeza con desden, cuando no es con desprecio!...

—¿Eso es una infamia!—exclamó Armando levantándose por un movimiento de indignación.

—¡Oh! pues no es eso todo, Sr. Puisgourdain,—

repuso Trinidad.—Todavía hacen más. Las gentes de mi raza, con cortas excepciones, me odian y me envidian; las mujeres me desprecian, y pronto me calumniarán quizás, porque no soy una jóven depravada como ellas; y los hombres porque suponen que trato de elevarme y alternar con los blancos. ¡En cualquier lado á donde me dirija me encuentro con mi desdicha!

—Es decir que la brillante educacion que habeis recibido en Francia, vuestro talento, vuestra bondad de corazon, vuestra belleza y los elevados sentimientos que poseis, como pocas personas de aquí poseen, ¿no han bastado para haceros respetar, admirar y querer de todos?...

—Al contrario; todas esas cualidades no han servido más que para agravar mi situacion. Si yo fuera como las demas jóvenes de color de este país, los blancos me hubieran idolatrado, y sus mujeres me hubieran protegido; las gentes de mi raza no hubieran fijado en mí su atencion, pues á nadie hubiera hecho sombra!... Miétras que ahora, basta que vuestro caballo esté á la puerta de mi casa para que todo el mundo sepa ya que os hallais aquí...

—¿Y qué importa?

—Dentro de un instante, toda la ciudad contará los minutos que habeis pasado en mi compañía, y...

—¿Y seré causa de que os calumnien!—exclamó Armando.

—No os inquieteis por mí,—repuso Trinidad,—sino por vos.

—¿Por qué?

—Porque se lo dirán á la señorita Cristina Rabilhac; y las malas lenguas desfigurarán las cosas de tal suerte, que tal vez hagan fracasar vuestro casamiento.

—¿Mi casamiento?

—Segun dicen, ya están concertados los esponsales y se verificarán dentro de tres dias.

—Es demasiada ligereza disponer de mí sin mi consentimiento. Y á propósito, señorita, ya que habeis pronunciado el nombre de Cristina, permitidme una pregunta...

—Ya la adivino, y me apresuro á contestaros. La señorita Rabilhac y yo no nos hemos visto, desde mi venida aquí, más que una sola vez, y fué el dia que ella misma me arrojó de su casa.

—¿Eso es imposible!—exclamó Armando golpeando el suelo con el pié.

—Pero sin embargo es exacto.

—Pues en Paris estabais unidas por una estrecha amistad...

—Un comun infortunio nos había reunido. A las dos nos habían enviado á Paris para nuestra educacion, y no teniendo allí familia ninguna de las dos, fuimos recomendadas á la superiora del convento. Algunas de nuestrás compañeras habían hecho que

sus madres se compadecieran de nuestro aislamiento, y nos sacaban con sus hijas en los dias de vacaciones. Compatriotas, sin distincion de color ni de origen, nos juramos una de esas amistades eternas, que la desgracia nos hizo estrechar. Cristina dejó el convento ántes que yo, para volver á la Martinica, y dos años despues, cuando yo tambien regresé, tuve la desgracia de ir á su casa... á hora en que se hallaba recibiendo visitas. Corrí hácia ella con los brazos abiertos... y me recibió friamente, rogándome que pasara á su gabinete, adonde ella iría cuando se marcharan las visitas.

—¿Qué indignidad!...

—¿La blanca no podía recibir en su casa á la mulata! Desde entónces no he vuelto á verla.

—¿Y ella no ha hecho nada para sincerarse?

—Absolutamente nada.

—¿No ha tratado de veros?...

—¡Nunca!

Estas palabras explicaron á Armando la fria reserva y lacónica contestacion de Cristina, cuando él la preguntó en el baile por Trinidad.

—Por lo visto, es una sociedad estúpida la de este país,—exclamó Armando recorriendo á largos pasos la habitacion.—¿Y yo me había de unir á una mujer de corazon tan mezquino, de tan escasa inteligencia y de alma tan ingrata!... ¡No, no!... Es decir,—añadió dirigiéndose á Trinidad,—que yo tengo un amigo, un compañero de colegio, que es magistrado en Fort-Royal, y porque es mulato, no debo tener el gusto de estrecharlo entre mis brazos cuando le vea, como espero hacerlo dentro de unos dias...

—Estais perdido si tal haceis,—murmuró Trinidad.

—Pues lo haré,—repuso Armando friamente,—porque yo soy agradecido.

Luégo, volviendo á sentarse al lado de Trinidad, cogió entre sus manos las de la jóven, y besándolas respetuosamente, añadió:

—No teneis, pues, ni un hermano, ni un amigo en este país. ¿Queréis que yo lo sea?

La jóven ocultó un momento la cabeza entre sus manos, y despues, deslizándose de su asiento, cayó de rodillas ante Armando, balbuceando entre sollozos:

—¡Gracias! ¡oh! ¡gracias!... Pero no, no debo consentirlo,—exclamó luego levantándose de pronto;—expondriais vuestro porvenir, vuestra reputacion, tal vez vuestra vida, y yo no puedo aceptar tan grande sacrificio. Idos, pues, señor Puisgourdain; yo os estaré eternamente agradecida, pero olvidadme...

Y ántes que Armando pudiera detenerla desapareció del aposento. Al volverse el jóven para seguirla, se halló frente á frente de uno de sus amigos llamado Leon de Chalons.

—Os buscaba,—le dijo éste,—y al saber que es tabais aquí...

—¿Quién os lo ha dicho?

—¿Qué diablos! vuestro caballo que está á la puerta hace tres horas. Querido, para correr dos liebres á la vez no me parece que os dais muy buena traza.

—¡Silencio, caballero!—repuso Armando con tal acento que Leon no se atrevió á pronunciar una palabra más sobre el asunto á que aludió.—¿Qué me queríais?

—Venía á proponeros una partida de *Marsellesa*, de ese juego del infierno, como vos le llamais, que tanto os gusta y en el que con tan maravillosa gracia os dejais ganar.

—Gracias, no estoy dispuesto á jugar esta noche. Dicho esto, montó á caballo y se alejó pensativo y preocupado.

Trinidad no se había engañado. En toda la ciudad se sabía ya que aquella tarde había ido Armando á casa de la mulata, y el tiempo que estuvo á su lado. Unos por hablar de nuevos sucesos, y otros por envidia de su doble conquista, habían circulado la noticia exagerándola, y participándola, ántes que á nadie, á los señores Puisgourdain padre, y Rabilhac, los cuales amigablemente y como consejo hicieron á Armando serias observaciones sobre aquella visita *escandalosa*. A ambos respondió con la dignidad y el respeto que su posición respectiva les merecía, y con la conciencia que tenía de haber cumplido un deber. Faltaba todavía otra persona con la cual debía tener una explicación: Cristina.

Como la doble conversación de que acabamos de hablar tuvo lugar en casa del Sr. Rabilhac, pudo Armando desahogar pronto su corazón.

Se aproximó, pues, á Cristina, y, sentándose á su lado, le dijo:

—Señorita, ayer os dirigí una pregunta y me contestasteis con vaguedad.

—¿Cuál?

—Creo, y me complazco en ello, que los lazos de la amistad son para vos una cosa sagrada. Tengo la costumbre de juzgar á las personas segun el cariño que demuestran y el valor que conceden á las gratas afecciones de la infancia; pero á los que cubren, por el contrario, los recuerdos del pasado con un velo de desprecio, confieso que á mi vez les pago despreciándolos y olvidándolos.

—¡No os comprendo!—balbuceó aturdida la joven.

—Ya me comprendereis. ¿Qué habeis hecho de la señorita Trinidad Fournier? ¿Cómo recibisteis á esa amiga de la niñez cuando se presentó en vuestra casa?

—Pero, caballero...

—¿Es cierto, pues, que la habeis expulsado de vuestra casa, despues de haberla desterrado de vuestro corazón?

Cristina se levantó temblando.

—Eso es vergonzoso é indigno, señorita; pero vos no teneis la culpa, estoy seguro de ello... y...

Cristina huyó al otro extremo de la habitación en donde estaba su padre hablando con el Sr. Puisgourdain.

—¡Luego es verdad!—murmuró Armando.

Y saludó y salió, dejando estupefactos á los tres espectadores de esta escena.

III.

Excusado es decir que á la anterior conversación siguió el rompimiento que tan directamente había provocado.

Armando, expuesto entonces á las duras reprobaciones de su padre, cambió en odio profundo el sentimiento que empezaba á experimentar por Cristina; y su corazón y su pensamiento se volvieron por completo hácia Trinidad, llenos de entusiasmo y de ardientes aspiraciones. De esta lucha nació un profundo y terrible amor. Muy de mañana se dirigió Armando á la calle de la Consolación; pero esta vez tuvo cuidado de ir á pié para que nadie supiera á dónde iba. En cuanto franqueó el umbral de la puerta de la casa de Trinidad, se le presentó ésta.

—Ya sabia yo,—le dijo tendiéndole la mano,—que vendríais hoy.

—Trinidad,—repuso Armando,—¿aceptais el ofrecimiento que os hice ayer? Hoy vengo á suplicaros que añadais un título más á los que he reclamado de vos.

—¿Cuál?

—El de esposo.

—¿Estais loco?—exclamó la joven.—No, no, jamás.

—¿No me encontráis digno de serlo?

—¡Oh! ¡No es eso! ¡Dios mio! ¿En dónde podría encontrar un corazón más noble, un alma más elevada y de mejores sentimientos? ¿Pero no sabeis que, á consecuencia de vuestra visita de ayer tarde, vuestro nombre, unido al mio, sirve ya de tema á una canción que se va á cantar por las calles y que no podreis dar un paso sin que os asalten con ese estribillo? ¿No teneis en cuenta que vuestro padre se moriría de pena, que vuestros compatriotas os maldecirían, y que mañana, esta tarde, tal vez dentro de una hora, vendría alguno de ellos á pedirnos cuenta del ultraje que haceis á *vuestro color*? ¡Y quereis que yo consienta en arrojaros al abismo! ¡Oh, no! Os esperaba hoy; pero era para deciros á sangre fría, con la calma de la razón: Separémonos, Armando; no volvamos á vernos nunca. Dejad que yo sufra la humillante suerte de mi condición, y recobrad vos vuestro rango, volviendo al seno de vuestra raza. El peligro por vuestra parte y la des-

gracia por la mia nos separan al uno del otro... ¡Adios!...

Armando detuvo á Trinidad por un brazo y la obligó á sentarse.

—Trinidad,—le dijo,—ayer tarde, despues de dejaros, hice doblegar la frente á la señorita Rabilhac bajo el peso de su vergüenza; y esta mañana he sufrido los más amargos reproches de mi padre. He creído, en efecto, oír á lo lejos un canto vago que sonaba á mi oído, y estoy pronto á aceptar el desafío que me lance cualquiera de mis compatriotas que se crea ultrajado. Ya lo veis, pues; los peligros que por mí teneis, están previstos y no me asustan. Trinidad, no es solamente porque vuestra belleza y vuestro talento me inspiran un sincero y profundo amor, sino tambien porque quiero vengar una injusticia que me indigna; y á mí solo me corresponde hacerlo, puesto que nadie, ni aún el que os dió el sér, se levantará á decir á esta sociedad tan orgullosa de sus pergaminos de nobleza: «Esta mujer, por su corazon, su inteligencia, su alma, su virtud y su honradez, vale tanto, por lo ménos, como esa otra que respetais porque es blanca, no porque supere á esta en nobleza de sangre ni en origen, en grandeza de alma y elevacion de sentimientos.» ¡Oh, ya sé á lo que me expongo al querer luchar contra esa preocupacion, mucho más poderosa que los siglos y los hombres! No todos tendrían este valor ó esta imprudencia; y si yo no os hubiera encontrado tan digna de consideracion como la que más, envuelta en esta tempestad, luchando contra la ofensa que han hecho á vuestro corazon, acaso hubiera inclinado la cabeza y gemido en silencio. Pero hoy levanto la frente. Y el que se atreva á pisar vuestra casa sin guardaros el respeto debido, pagará caro su ultraje. Ya veis, Trinidad, que mi resolucion es firme, y no retrocedo. Hablad; si me creéis digno de vos, una sola palabra de vuestros labios puede hacerme dichoso.

—Armando,—repuso la jóven llena de emocion,—os lo repito, no conozco en este mundo ningun hombre en cuyas manos depositara mi destino con más confianza y orgullo que en las vuestras; pero os lo pido por favor, vivid todavía algun tiempo más en esta sociedad; no os dejéis llevar de un apasionamiento tal vez fatal...

—¿Es decir, que exigís una prueba? ¿Os bastan tres meses? Durante este tiempo realizaré la herencia de mi madre, y partiremos juntos para Francia.

—Sea; pero hasta entónces, en nombre del cielo os lo pido por vos más que por mí, no nos volvamos á ver...

—Trinidad, yo sabré lo que he de hacer. ¡Adios!

Algunos dias despues, Armando, que no tardó en apercibirse de la frialdad con que le recibian sus amigos, se encontraba entre algunos de ellos dis-

putando calurosamente contra lo absurdas que son las preocupaciones, cuando, por un nuevo giro de la conversacion, se pronunció el nombre de Trinidad, unido al de otras mujeres indignas de comparársele.

—¡Caballero, os ruego que respeteis ese nombre!—exclamó el jóven Puisgourdain.

—¡Pardiez!—repuso Chalons; ¿en qué se deshonra el nombre de una mulata, que es vuestra querida, al figurar entre los de las nuestras?

—Señor de Chalons,—replicó Armando,—os exijo que os retracteis de esas palabras.

—¿Que las repita, querreis decir?

—Bien, señores, comprendo el propósito de cuantos habeis tomado parte en esta discusion; deseabais provocarme, ¿no es cierto?...

—Hé aquí mis testigos,—repuso Chalons señalando á dos de los jóvenes.

—Los míos no los elegiré entre vosotros, pues no creo que ninguno sienta la menor simpatía por mi causa...

Todos permanecieron mudos, cosa muy rara generalmente en tales casos en las colonias, y entónces muy significativa.

—Pero yo sabré dónde encontrarlos,—continuó Armando.

En efecto, á la mañana siguiente, dos jóvenes mulatos, el uno magistrado y el otro oficial de artillería, que estaba con licencia en la Martinica, ambos dignos de ocupar los primeros puestos de la sociedad de la colonia, pero muy postergados á causa de su color, fueron los encargados de arreglar las condiciones del desafío. Los testigos de Chalons mostraron alguna repugnancia en tratar con aquellos dos jóvenes, pero no tuvieron otro remedio.

La víspera del dia fijado para el duelo tuvo lugar en casa de Armando una escena muy característica de las costumbres criollas.

A la media noche, su criado le avisó que una negra vieja deseaba hablarle.

Esta mujer era Nanette, la criada de Trinidad.

En cuanto entró en la habitacion se arrojó á los piés de Armando y le besó las manos con efusion.

—¿Traes algun encargo de Trinidad para mí?

—Sí, amo mio, hélo aquí,—contestó Nanette presentándole una carta y una cadena de oro, de la cual pendía una pequeña cruz.

La carta era breve; pero se había desbordado en ella todo el corazon de la jóven, y le participaba que aquella cadena era la que ella tenía puesta al cuello el dia en que le había visto por primera vez en Paris. Armando besó aquella joya y la colocó sobre su corazon.

—¿Habeis tomado vuestras precauciones ántes de batiros, mi amo?—preguntó la negra.

—¿Qué precauciones, Nanette?

—¿Teneis un *quimboix*?

—¿Y qué es eso?

—Tomad, aquí teneis uno. Esta mañana he ido á buscarlo á casa de un hechicero, y lo he hecho bendecir por la Santa Virgen. Llevadlo con vos y os preservará.

Este *quimboix* ó amuleto era sencillamente una simiente del país, reblandecida por una capa de cera y aceite, en la cual estaban incrustadas algunas cabezas de clavo en forma de cruz. Los negros abrigaban la sincera convicción de que estos *quimboix* preservan de todo ataque, y, confiados en su protección sobrehumana, desafían los más terribles peligros.

—Mi *quimboix*,—repuso Armando,—es este.

Y presentó la cruz y la cadena de oro de Trinidad, que con la superstición del amor había tenido también confianza en este amuleto.

Pero Nanette le rogó tanto, llorando y arrastrándose suplicante á los pies de Armando, que tuvo que prometerle ponerse su *quimboix*. Nanette se marchó, siendo portadora de una carta para Trinidad, en la que iba la última voluntad y los últimos pensamientos de Puisgourdain.

Llegó la hora del duelo, que fué como todos los que con demasiada frecuencia han ensangrentado el suelo de nuestras colonias. Los dos adversarios llegaron al terreno seguidos de una turba de curiosos, compuesta hasta de niños y mujeres. Este desafío podía tener consecuencias enojosas y tomar las proporciones de una guerra civil; pues la gente de color, agradecida á Armando por haber tomado la defensa de una mujer de su raza y haberse atrevido á elegir padrinos entre ellos mismos, consideraban el lance como asunto político.

Acudieron en gran número y muchos iban armados. Los resultados de la revolución de Julio en Francia habían producido allí cierta efervescencia, y los partidos se hallaban en combustión. No se necesitaba más que una chispa para que estallase el incendio.

Colocáronse ambos adversarios á veinte pasos de distancia, armado cada cual con una carabina de dos tiros. Estaban vueltos de espaldas, y á la orden de «fuego» se volvieron y descargaron los dos tiros de sus armas. Las cuatro detonaciones se oyeron casi al mismo tiempo. Los criollos, valientes como todos son, esperaban con calma é inmóviles que el humo se disipara y les permitiera ver el resultado. Los padrinos se aproximaron. Las balas de M. Chalons habían atravesado el sombrero de Puisgourdain, y una de las de Armando había rasgado la manga de la camisa de su adversario.

En Francia los testigos hubieran declarado, sin duda, que el honor estaba satisfecho, pero en las

colonias son más descontentadizos; no se va nunca al terreno inútilmente. Los criollos dicen que no se baten para agujerear sombreros y chamuscar camisas. Los padrinos volvieron á presentar á cada uno de los adversarios las mismas armas nuevamente cargadas. Se acertó la distancia en cinco pasos, dos tiros sonaron á un tiempo y á estos siguieron en seguida otros dos. M. de Chalons había recibido una bala en el pecho. Cinco minutos después espiraba en los brazos de sus amigos.

Armando, vencedor ya de aquel desgraciado combate, se dirigió inmediatamente á casa de Trinidad, pero encontró la casa cerrada. Una vecina le participó que durante la noche Trinidad había partido, sin decir á dónde iba, pero, según creía, se había dirigido al Fort-Royal. Al llegar á su casa, encontró Armando una carta de la joven anunciándole su resolución de estar separada de él durante los tres meses de prueba que él mismo había fijado.

«Sucumbais en ese duelo ó salgais vencedor,—decía la carta,—no puedo volver á San Pedro, en donde una triste suerte me estaría reservada. Sólo volveremos á vernos, pues, en Francia ó en el cielo.»

La primera impresión de Armando, al leer la carta, fué de rabia y de desesperación.

—¡Trinidad no me ama sinceramente!—exclamó.—¡Creí que para ella hubiera sido un placer recibirme vencedor ó cerrar mis ojos! ¡Cómo ha de ser! Sacrifico mi vida á una causa en la que no hallaré la debida recompensa.

Poco después se dirigió á casa de su padre, á quien encontró retirado en una de sus habitaciones. Sabía de antemano el recibimiento que le esperaba; pero como último testimonio de respeto, quiso cumplir el deber de anunciar á M. de Puisgourdain que su hijo estaba ileso.

—Preferiría saber que habiais muerto,—respondió el viejo con un estoicismo digno de Spartaco,—á veros deshonrado.

—Pues debéis estar satisfecho, padre mio,—replicó Armando, que había comprendido el doble sentido de la frase;—estoy vivo y he cumplido mi deber como hombre de corazón y como criollo.

—La deshonra no está en donde ahora queréis suponer; estais deshonrado, Armando, porque os habeis batido por una joven de color.

—Me he batido por el honor de una mujer ultrajada, padre mio, sin reparar en la casta á que pertenecía.

—¡Y no os avergonzais de haber tenido por padrinos á dos hombres de color!

—No hubiera encontrado otros que quisieran serlo, y he elegido dos hombres de corazón y de valor...

—Si no tienen más recomendación...

—Olvidais, sin duda, que uno de ellos ejerce la misma profesion que vos, y el otro la de vuestro padre.

—Bien. Ahora comprendereis que no podeis seguir viviendo en este país, y yo, que deseo morir en él, sólo puedo quedarme á condicion de romper relaciones con vos de una manera notoria.

—Padre mio, anteponeis el orgullo á vuestros sentimientos.

—Mi nombre estaba puro y sin tacha, y vos lo habeis manchado; quiero salvar mi nombre; esto es todo.

—No hago ánimo de permanecer aquí más que el tiempo estrictamente necesario para arreglar mis asuntos; despues me volveré á Francia.

—¡Corriente!

Esta breve respuesta del viejo terminó la conversacion; Armando saludó á su padre, y salió.

Por guardar las conveniencias, permaneció tres dias retirado en otra casa que su padre poseia en las afueras de la ciudad. De esta casa salia cuando hemos empezado nuestro relato y le hemos visto atravesar en direccion á San Pedro.

IV.

Graves acontecimientos se habían preparado en la sombra, durante esos tres dias, de los que no puede decirse que el duelo de Armando fuera la causa determinante, pero sí que había apresurado su desenlace.

Los hombres de color, admitidos recientemente al goce de los derechos civiles, de que habian estado privados hasta entonces, no creian que la revolucion de Julio había hecho bastante por ellos. Como todos los partidos alentados por una primera victoria, querian más todavía; reclamaban todo lo que habían esperado, cuanto habían soñado tal vez. Una insurreccion estaba próxima á estallar. No referiremos aquí este dramático episodio; al hablar de él, solo lo hacemos por la necesidad de seguir la pista á nuestro héroe.

En el mismo momento en que los primeros tiros se oyeron en la ciudad, Armando vió invadida su casa por algunos de los principales caciques del partido, que iban á suplicarle se pusiera á la cabeza de la insurreccion. Hizo esfuerzos sobrehumanos y prodigios de elocuencia por calmarlos, presentándoles el porvenir abierto á sus esperanzas y derechos, y demostrándoles la victoria asegurada de los blancos y la pérdida segura de la primera conquista que en la revolucion había alcanzado la gente de color. En vano luchó durante dos horas contra aquella exaltacion. A consecuencia de haber sido designada su casa como cuartel general de los principales jefes, á quienes se les había visto entrar uno á uno, y de las opiniones que había defendido desde

su llegada al país, lo cual le ocasionó la indignacion de los blancos, Armando vió en seguida rodeada su casa por una compañía de dragones de la milicia y por la tropa.

Los hombres de color, al encontrarse así prisioneros, libraron un combate desesperado, durante el cual, Armando, con los brazos cruzados é impasible, esperaba que le alcanzara una bala.

El combate no podía durar mucho; todas las puertas se cerraron rápidamente, y mientras que los invasores penetraban en la casa, una jóven, jadeante y con los cabellos en desórden, se precipitó entre ellos llamando á Armando con voz lamentable. A estos gritos que desgarraban su corazon, Armando se lanzó á su encuentro. En el momento en que Trinidad (pues era ella) se arrojó en sus brazos, una bala hirió al jóven en la cabeza y cayó ensangrentado.

—¡Le han muerto! ¡Le han muerto esos miserables!—exclamó Trinidad.

Cuando el oficial de la milicia se presentó en la habitacion en donde yacía Armando, teniendo sobre su pecho la cabeza de Trinidad, que lloraba, el moribundo se incorporó trabajosamente, y con voz todavía llena de autoridad:

—Caballero,—dijo al oficial,—escuchad el juramento que hago ántes de bajar á la tumba: Juro que esta jóven es un ángel de bondad y de virtud... y...

La sangre le ahogó; lanzó un grito gutural, su cuerpo se puso rígido, y espiró.

Tres semanas despues, una jóven vestida de luto estaba arrodillada sobre la losa de una tumba y oraba santamente. Aquella jóven era Trinidad, y la tumba la de Armando de Puisgourdain.

Empezaba á anochecer; el cementerio estaba desierto. De repente se oyeron unos pasos furtivos y ligeros; una jóven avanzó, andando de puntillas hasta llegar junto á Trinidad, y le tocó en la espalda.

—¡Cristina!—exclamó la mulata volviéndose.

—Sí, yo que vengo á decirte que dentro de dos dias me caso con un capitan de fragata y que al dia siguiente partiré para Francia. Tú te quedas aquí, tú podrás rezar sobre esta losa; ¡reza por las dos! ¡Y delante de esta tumba te pido perdon, Trinidad! Pero no soy yo la culpable, sino las preocupaciones de la sociedad. Hé aquí mi mano... ¿la quieres?

—No, los brazos son los que yo te ofrezco...

Las dos jóvenes se abrazaron llorando. Pero la voz de Rabilhac se oyó no léjos de allí, y Cristina, separándose precipitadamente de su amiga, desapareció dirigiéndole con la mano un cariñoso y tierno adios. Trinidad volvió á caer de rodillas sobre la tumba y continuó su oracion.

JAVIER EYMA.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

ADULTERACIONES

DE LOS VINOS Y MEDIOS DE RECONOCERLAS,

por D. Vicente de Vera.

Ocupóse primeramente el orador de hacer notar el atraso y lo imperfecto de la elaboración de los vinos españoles, atraso que proviene de la falta de conocimiento, por parte del productor, y más aún, de los expendedores, de datos científicos y verdaderamente sólidos respecto á la naturaleza de los terrenos, á la influencia del clima, á la composición de las diferentes partes de la uva, y á la determinación respectiva de los principales elementos del mosto, con cuyos conocimientos podrían obtenerse siempre vinos buenos, fueran las que fuesen las variaciones del año, pero con cuya falta queda entregado en general el cosechero á influencias extrañas, sin más defensa que un ciego empirismo y una torpe rutina. Encareció la importancia de estos estudios, que contribuirán á realzar los vinos españoles hasta el punto que deben llegar por las cualidades que son susceptibles de presentar. En la imposibilidad de ocuparse de todos los puntos que á la industria vinícola se refieren, concretóse á explicar uno de los más importantes, cual es las adulteraciones que ordinariamente presentan los vinos. Para comprender mejor su trascendencia, dió á conocer los elementos que entran en la composición de los vinos puros, indicando los que provienen del mosto y los que se originan en la fermentación, al mismo tiempo que las diferencias que caracterizan las distintas clases de vinos puros.

Al enumerar después las materias con que todos ellos pueden falsificarse, colocó en primer lugar las materias colorantes extrañas, no sólo por lo que en sí significan, sino porque son siempre el origen y manto de otras adulteraciones más importantes y nocivas, como la adición de gran cantidad de agua, de alumbre, ácido cítrico, sulfúrico, etc.

Indicó las sustancias colorantes más usadas con este objeto, y la necesidad de encontrar una reacción que separase y diferenciase los vinos puros de los teñidos artificialmente, á fin de que las personas no habituadas á las manipulaciones químicas, no tuvieran necesidad de ir ensayando en un mismo vino las reacciones de todas las materias colorantes que se emplean, hasta conocer si el vino es ó no puro, y en vista de aquella necesidad y de la insuficiencia de los métodos hasta hoy usados con este objeto, según fué indicando al examinarlos sucesivamente, dió á conocer un nuevo procedimiento que llena todas las condiciones de facilidad y certeza apetecidas. Por este método, según práctica-

mente demostró en la conferencia, puede el ménos acostumbrado á trabajos de esta índole, y por una sencilla operación, reconocer inmediatamente si un vino es ó no puro, y en este último caso, con qué sustancias está adulterado. El método del Sr. Vera está fundado en la propiedad de la *oenocianina*, materia colorante natural del vino, de ser insoluble en el alcohol y en el agua, á no ser en presencia de los ácidos tartárico y acético; en la acción que sobre el vino neutralizado ejerce una mezcla, en condiciones convenientes, de carbonato de cal y harina, y por último, en la acción del alcohol sobre esta mezcla, después de haber filtrado el vino. Por este método ha llegado el Sr. Vera á reconocer la presencia de una millonésima de grano de fuchsina en cinco centímetros cúbicos de vino.

MISCELÁNEA

La fitolácea eléctrica.

Existe en Nicaragua una planta de la familia de las fitoláceas que posee propiedades electro-magnéticas. Al cortar una rama de la misma, se experimenta una conmoción tan viva, como si se tratase de una bobina Rumkhorff. Se han hecho experimentos con la misma y con el auxilio de una brújula, y á siete y ocho pasos de ella se dejaba ya sentir su influencia. La desviación es proporcional á la distancia, y cuanto más se aproxima la brújula á la planta, tanto más precipitados son sus movimientos, que se convierten en una rotación acelerada en cuanto se coloca uno en el interior de la mata. Examinado el terreno, se ha visto que no contiene traza alguna de hierro ni de otro metal magnético, lo cual no deja lugar á dudas sobre si la calidad citada es propia de la misma planta.

La intensidad del fenómeno varía según la hora del día, llegando á su máximo á las dos de la tarde. Durante la noche es casi nula. Mientras los temporales, su potencia aumenta, y jamás se ve ningún pájaro posarse sobre dicha planta.

Brújula vegetal.

En ciertos parajes de Méjico se cria una planta que tiene la singular propiedad de que sus hojas marquen constantemente la dirección Norte, en términos de que, cual la brújula magnética, sirve para dirigir al viajero extraviado en las selvas que tiene la fortuna de encontrar algún ejemplar. Con razón le dan los ingleses el nombre de *Compass-Plant*. Pertenece al orden de las *compuestas*, y la conocen los botánicos por *Silphium laciniatum*. Es planta perenne, y por sus propiedades físicas la designan

tambien los ingleses con los nombres de *rosin-weed* y *turpentine-weed*, esto es, *yerba resina* y *yerba trementina*.

Nuevo tratamiento del mareo.

Ninguno de los aplicados hasta ahora ha producido tan satisfactorios resultados como el propuesto por M. Obet, médico de los vapores trasatlánticos, que consiste en hacer tomar á las personas atacadas jarabe de chloral en dosis de uno á dos gramos. Bajo la influencia de este medicamento, á los dos ó tres dias se adquiere el hábito de la navegacion y un excelente apetito. Para que produzca efecto, es preciso, sin embargo, que no haya sufrido alteracion por la humedad ú otra causa, pues en caso contrario, puede ocasionar excitaciones nerviosas muy violentas. Mientras se está sometido á este tratamiento, conviene alimentarse á menudo, aunque sea en pequeña cantidad, y sin sujetarse á las horas fijadas para las comidas.

Primeras materias para la fabricacion del papel.

El Jurado de la *Exposicion internacional de Horticultura*, que acaba de celebrarse en Amsterdam, ha recompensado con medalla de oro á los señores Naëger y compañía de Willebroeck (Bélgica), por haber expuesto 29 materias vegetales diferentes, convertidas en pasta de papel, y en papel sin mezcla de ninguna otra sustancia. Dichas 29 materias, son las siguientes: cañas, paja de centeno, cebada, avena y trigo, junco, esparto, paja de lúpulo, espárgagos, retama, bambú, paja de colza y de maíz, limo de los pantanos, fibras de piña, raíz de grama, retama salvaje, ortigas, paja de mijo, caña dulce, palmito y maderas de aliso, castaño, sauce, álamo blanco, álamo del Canadá, pino silvestre, y polvo ó álamo temblon.

Poblacion india en los Estados Unidos.

Segun una estadística recientemente publicada, la población de indios que habitan en el territorio de los Estados Unidos es de 77.000. Los indios nómadas y en completo estado de salvajismo, que no se dedican á ningun cultivo, conocidos con el nombre genérico de *Blanket* se componen de las tribus de los Ocages, Creyennes, Arapahoes, Kiowas y Pawneas, y su número se calcula en 20.000. Los mezclados con los blancos ó mestizos y parcialmente civilizados son las tribus de los Cherokees, Creeks, Seminoles, Choetanos y Chickasaws. Existen además indios que por su tinte bronceado tan subido se les puede clasificar entre los negros, y

cuyo número se hace ascender á 55.000; de esta raza hay como 6.500 que son actualmente ciudadanos de los Estados Unidos y cuya cifra no está incluida en la anterior; unos y otros fueron anteriormente esclavos de la tribu de los Chickasaws.

Un aerolito de grandes dimensiones.

Una porcion del gran meteoro que pasó por el Norte de Vermont, á principios de este año, se dice que la han encontrado cerca de la poblacion de Jay, enterrada á unos cuatro piés de profundidad. Su apariencia es de lava ó ganga de hierro y piedra esteática, y pesa unas dos toneladas. Se cree que es el aerolito mayor que se ha encontrado en aquel país.

Fuerza de las olas.

En el puerto de Oswego, sobre el lago Ontario, hay una torre de piedra de 60 piés de alto, una de cuyas ventanas de tope, que son de una plancha de cristal de media pulgada de espesor, la hicieron pedazos las olas lanzando contra ella un trozo de hielo.

Exposicion de ciencias antropológicas.

En la Exposicion universal de París se verificará una de ciencias antropológicas, desde el 1.º de Mayo de 1878 al 31 de Octubre siguiente.

La organizacion y la instalacion de este certámen se han cofiado á la Sociedad de Antropología, la cual ha nombrado ya una comision, á la que Mr. Krautz, comisario general de la Exposicion, ha designado un extenso local en el pabellon central del palacio del Trocadero.

Los expositores extranjeros deberán remitir los objetos por medio de los comisarios de la nacion respectiva.

La exposicion comprenderá las categorías siguientes:

1.º Cráneos y osamentas; mómias; piezas concernientes á la anatomía comparada de las razas humanas.

2.º Instrumentos; métodos de enseñanza.

3.º Colecciones prehistóricas y etnográficas.

4.º Fotografías; pinturas y dibujos; esculturas y modelos.

5.º Cartas geográficas y cuadros concernientes á la etnología; la arqueología prehistórica; la lingüística; la demografía; la geografía médica, etc.

Y 6.º Libros, periódicos y folletos.